



UN RESUMEN DE LA HISTORIA DEL  
PUEBLO DE ISRAEL DURANTE  
LA EPOCA BÍBLICA:

Material didáctico preparado  
para impartir en 15 lecciones.

Pr. Joaquín Yebra.

## Índice:

INTRODUCCIÓN: .....	2
Lección 1:.....	4
Lección 2:.....	8
Lección 3.....	17
Lección 4.....	21
Lección 5:.....	28
Lección 6:.....	33
Lección 7:.....	36
Lección 8:.....	40
Lección 9:.....	46
Lección 10:.....	53
Lección 11:.....	56
Lección 12:.....	59
Lección 13:.....	62
Lección 14:.....	66
Lección 15.....	69

## **INTRODUCCIÓN:**

Estas quince lecciones no pretenden ser un análisis exhaustivo de la historia del pueblo de Israel durante la época bíblica, sino una introducción a su estudio, en la que resaltamos aquellos acontecimientos que hemos considerado fundamentales desde una perspectiva histórico-salvífica.

Somos plenamente conscientes de que muchos otros textos y eventos de la historia del pueblo de Israel podrían haber sido seleccionados con este propósito.

En algunos casos hemos adoptado una ortografía de nombres propios y toponímicos que consideramos más ajustada al original hebreo.

Por respeto al nombre revelado de Dios hemos optado por emplear la voz “Señor”, y en algún caso, donde nos ha parecido imprescindible, hemos transliterado el Tetragrámaton por su equivalencia latina: “YHVH”.

Todas las citas bíblicas están tomadas de la versión de 1960 de la traducción Reina-Valera, excepto en algunos pocos casos en los que hemos preferido hacer nuestra propia traducción literal.

J.Y.

“He who wants to live his life should equip himself with a heart which can stand suffering.

Man must realize that life is sometimes good and sometimes bad.

Only he or she is worthy of respect who is grateful for the good and knows how to bear evil.”

Jewish Proverb

## **Lección 1:**

Hace aproximadamente 3.500 años, en la región conocida hoy como “Cercano o Próximo Oriente”, ingresó un pequeño grupo de tribus nómadas con sus rebaños.

Después de varias contingencias, conquistaron el país y lo transformaron en la base de una nueva visión religiosa, ética y moral.

Con el transcurso del tiempo, esa nueva visión del mundo y del hombre, con sus escritos sagrados --Las Sagradas Escrituras, que conocemos popularmente como “Santa Biblia”-- constituyeron el elemento fundamental del pensamiento y la cultura occidentales. Sin ellas es inimaginable el acervo histórico-cultural que hemos heredado.

Es un largo camino que comienza en ese remoto pasado en el espacio geográfico comprendido por las márgenes de los ríos Tigris y Eufrates.

Ahora bien, los orígenes de Israel no se encuentran sólo en las Sagradas Escrituras. Los documentos cuneiformes de Asia Occidental nos hablan de unas tribus peculiares que aparecen por primera vez en Babilonia, Asiria, Mesopotamia Occidental, Asia Menor, Canaán y Egipto.

En los documentos cuneiformes aparecen con el nombre de “Habiru”. Según algunos eruditos, este término puede significar una categoría social dentro de las tribus nómadas que realizaron dicha incursión. Sin embargo, parece más probable que se trate de una voz para designar a los descendientes de Heber, tataranieto de Noé, y aplicable por extensión a los pueblos de Arabia, Aram, Amón, Moab, Edom e Israel:

“También le nacieron hijos a Sem, padre de todos los hijos de Heber, y hermano mayor de Jafet.” (Génesis 10:21).

De ahí que en las tablillas cuneiformes se les designe “los hijos de Heber”, es decir, los hebreos. Los antepasados patriarcales de Israel (Abraham “el hebreo” y su descendencia) pertenecían evidentemente a estos grupos tribales que irrumpen en Canaán hacia la segunda mitad del segundo milenio antes de Cristo.

Sin embargo, a pesar de los estrechos vínculos de sangre entre ellos, éstos no son suficientemente fuertes como para unirlos y formar una nación. Sólo la experiencia religiosa lo lograría. De momento, el propósito común de las tribus fue encontrar tierras en las que establecerse.

La información que poseemos sobre los Habiru --los hebreos-- nos ayuda a comprender los fundamentos sobre los cuales se basan los orígenes de Israel. Las tablillas cuneiformes confirman el relato bíblico, según el cual la epopeya de Abraham es un desplazamiento hacia el Norte y luego hacia el Sudeste, desde la ciudad de Ur de los Caldeos a Jarán, y desde allí a la tierra de Canaán. La arqueología confirma, pues, la historicidad del relato bíblico, colocándolo en su correspondiente marco histórico.

La estructura tribal de los israelitas proviene de este temprano período conocido como protoétnico. El interés divino por llevarles a la tierra del Cercano Oriente es, evidentemente, colocarles en una encrucijada de los caminos, donde se juntan Oriente y Occidente, de tal manera que puedan extenderse y dar a conocer la experiencia espiritual de Israel a todas las naciones.

Efectivamente, las tribus hebreas entraron en contacto con muchos otros pueblos circunvecinos, de los cuales incorporaron también muy diversos elementos importantes para la formación de su cultura. Así, pues, vemos que los relatos bíblicos de la creación, la época prediluviana, el diluvio de los días de Noé, y la torre de Babel, tienen paralelos constatables en la literatura babilónica.

Después de ocupar Canaán, su lenguaje experimentó algunos cambios. Los documentos hallados de Ugarit, en la costa de Siria, ciudad destruida hacia el año 1300 a.C., y redescubierta por arqueólogos franceses en el año 1929, prueban este hecho más allá de toda duda.

Las excavaciones continúan hasta nuestros días e indican que el idioma de la Biblia está profundamente enraizado en un dialecto ugarítico que lo vincula al hebreo bíblico, con gran cantidad de frases hechas, modismos y frases idiomáticas idénticas. De ahí que la literatura ugarítica haya proporcionado abundante material que aclara pasajes bíblicos hasta ahora bastante oscuros.

En este período temprano pasan muchos vocablos cananitas al patrimonio lingüístico de las tribus hebreas. También los nombres de los sacrificios como “shelem”, “asma” y “calil”, entre otros. “Baal”, sinónimo de “Adén”, lo conservaron para designar a las divinidades cananeas.

Hay también un elemento netamente egipcio, que se advierte en los nombres propios y toponímicos, tales como “Moisés”, “Pinjas”, “Hur”, etc. De modo que en la cultura y en la lengua de las tribus israelitas se pueden distinguir claramente los impactos de los pueblos con los cuales convivieron a lo largo de los siglos, y muy particularmente durante el período de su cristalización como nación con su propia identidad.

Ahora bien, el hecho formador de Israel como entidad nacional, no es la vinculación en la sangre, ni siquiera la desaparición de su organización tribal, la cual, como se desprende de las Sagradas Escrituras, perdura incluso en tiempos en que se da el máximo grado de unificación, como sucede durante el período de la monarquía davídica, sino en su profunda experiencia religiosa.

Paradójicamente, en medio de un crisol de culturas y tradiciones, no surge un sincretismo, como sería lo más natural, sino una idea religiosa absolutamente novedosa. Se trata de una creación original que no está enraizada en las civilizaciones politeístas de los pueblos circunvecinos. Es el encuentro de Abraham con Dios lo que hace nacer, en el proceso de su expresión, una nueva esfera cultural desvinculada del núcleo central de las religiones de los pueblos entre los cuales se desarrollan los hebreos.

Los elementos que provenían desde afuera se utilizaron como material de construcción, pero sólo después de haber sido transformados radicalmente. De ahí que el Señor, según el testimonio de las Sagradas Escrituras, se esfuerce tanto por hacerles comprender el error y el peligro de adorar a los “ídolos mudos” de los otros pueblos. El alejamiento de la idolatría es, sin duda, el primer paso en el largo proceso de purificación acometido por Dios para con los hebreos, y desde ellos, con toda la humanidad.

La religión pagana es la divinización de los fenómenos naturales, por su aspecto de vitalidad misteriosa y sobrenatural: El cielo, la tierra, el mar, el sol, la luna, las estrellas, el viento, las montañas y los ríos. Así fue como la imaginación del hombre transformó la vitalidad misteriosa que se revela en los fenómenos de la naturaleza en imágenes de personas vivientes. Les dio una forma plástica y, mediante ese proceso, el hombre creó un universo de espíritus, de dioses y diosas, individuales en su cuerpo y en su carácter.

La divinización de la naturaleza dio origen a la adoración de dioses naturales, personales y familiares, siempre vinculados con las fuerzas y fenómenos de la naturaleza. Los paganos, al observar fenómenos tales como el relámpago y el trueno, el amanecer y la puesta del sol, concibieron relatos sobre la vida de esas divinidades. Esos relatos constituyeron la mitología que ha llegado hasta nuestros días, reduciéndose al campo de la poesía que nos ha llegado procedente de determinados períodos históricos.

Esa es la razón por la que todas las religiones paganas tienen su teogonía; es decir, un relato de sus orígenes con el nacimiento de sus propias divinidades. Por consiguiente, el carácter mágico del culto pagano corresponde a la propia concepción mitológica de la divinidad.

Así nace la magia, como técnica para mover fuerzas ocultas, con medios que pretenden obrar automáticamente, con independencia de la voluntad de las propias divinidades. En ese contexto nacen palabras y encantamientos, colores, sustancias y gestos que están cargados de fuerzas mágicas. Por eso es que en la medida en que la civilización occidental se separa de sus raíces judeocristianas, se produce una vuelta a las religiones anteriores, con la consiguiente proliferación de la magia y todas las macias.

Tengamos presente que el culto pagano es fundamentalmente mágico: El hombre da algo al dios, enaltece su poderío y cumple con sus deseos, esperando, a cambio, la retribución del favor divino y su correspondiente protección especial.

El Dios vivo y verdadero trata inmediatamente de acabar con esto en su relación con Israel. El Señor muestra al pueblo hebreo que la voluntad de Dios es trascendente y soberana sobre todas las cosas. No hay culto ni rito que pueda estar por encima de la voluntad divina. La religión que Dios revela a Israel no sujeta a la Divinidad a otra realidad primigenia ni la somete a otras leyes, ni cultos, ni ritos. Dios comienza por liberar a su pueblo de todo vínculo mitológico y mágico, acabando de ese modo con todas las aberraciones que caracterizan a los sistemas religiosos de las naciones de su contexto.

Dios se manifiesta a Israel como atemporal, sin caracteres sexuales, por lo que para los israelitas no habrá divinidades masculinas ni femeninas. Dios es anterior a todo y gobierna todo. Todo cuanto existe fue creado por él, por su voluntad, por su palabra: "Dios habló, y fue así".

Dios se revela a Israel como libre de la sujeción a la magia y al fetichismo: Su religión no conoce objetos, actos o fórmulas que tengan o proporcionen poder inherente o automático. De ahí que los siervos de Dios entre los israelitas obren milagros, pero no por técnicas preestablecidas que poseyeran en sí mismas poderes misteriosos; es decir, sólo se realizan por la gracia de Dios, quien permanece siempre absolutamente soberano.

Dios se revela como "Ejad", "Uno": "Oye, Israel: El Señor nuestro Dios, el Señor uno es." (Deuteronomio 6:4). Pero sería un gran error pensar que entre la religión de Israel y los paganos, hay solamente una diferencia de naturaleza "aritmética". La unicidad de Dios está mucho más relacionada con su omnipotencia trascendente; es decir, que esa unidad es el

rechazo de la idea pagana de una realidad que está más allá de la divinidad. “Uno” debería ser entendido aquí como “único”, es decir, sin referencia a “otros”. No tiene, por lo tanto, sentido estricta o primordialmente numérico, sino, antes bien, cualitativo.

La afirmación de que la voluntad de Dios está por encima de todo y es absolutamente libre, engendra una nueva jerarquía de pensamiento, distinta a todas las categorías ofrecidas por el pensamiento del paganismo.

Naturalmente, la religión israelita no nació ya plenamente desarrollada. Como tantas veces se ha afirmado, surgió en el desierto, tomó forma en Canaán y se desarrolló por medio de los profetas antiguos. Esa religión se hace universal en Jesús de Nazaret, quien es “luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel”, como pronunció Simeón cuando sostuvo a Jesús en sus brazos, el día en que fue presentado en el Templo de Jerusalem:

“Simeón tomó a Jesús en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación (hebreo: “Yeshúa”, latinizado “Jesús”), la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel.” (Lucas 2:28-32).

## **Lección 2:**

La Biblia nos enseña que los primeros hombres fueron monoteístas. Adam, Caín, Abel y las generaciones siguientes adoraron a un solo Dios. La idolatría surge con la dispersión de la humanidad y la confusión de las lenguas. Ese fenómeno de confusión y el politeísmo son sucesos concomitantes.

Después, vemos que sólo unos pocos conservan la fe en un Dios único. Curiosamente, Abraham, Isaac y Jacob conocen a Dios de la misma manera que los antiguos, como es el caso de Melquisedec, Rey de Salem, y Job y sus amigos, entre otros. Sin embargo, sólo a partir de Moisés, y la formación de la federación de las tribus, llega a ser monoteísta toda la nación de Israel.

No hay una sola evidencia de la existencia de otra nación monoteísta, ni individuos de fe monoteísta, fuera de Israel. Estamos, por tanto, en la época del Éxodo, en hebreo “Shemot”, plural de “shem”, es decir, “Nombres”, conforme al comienzo del texto del libro:

“Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto con Jacob; cada uno entró con su familia.” (Éxodo 1:1). (Nuestra denominación “Éxodo” nos llega de la voz latina “egressus”, “¡salid!”).

Estamos en los días del Faraón Ramsés II (aproximadamente entre el 1301 y el 1235 a.C.). Este monarca fue famoso principalmente por sus obras arquitectónicas.

Los hebreos, que habían llegado amigablemente en tiempos del patriarca José, fueron forzados a trabajar como esclavos en la construcción de las ciudades de Pitom y Ramsés. Estas tribus hebreas eran llamadas por el nombre de “Ibrit”, cuya raíz podría ser “los que cruzaron el río”. Habían llegado a Egipto con sus rebaños, como hombres libres, no como esclavos. Al obligarles a hacer trabajos forzosos, el Faraón había violado la protección tradicional y sagrada debida a los viajeros y residentes temporales de la época.

Los sentimientos heridos de las tribus les hicieron rebelarse, a lo que las autoridades egipcias respondieron con más severidad en su trato y en los trabajos que les forzaron a realizar.

Individualmente, algunos habrían podido huir al desierto, pero con mujeres y niños resultaba prácticamente imposible para todo el contingente del pueblo. Por lo tanto, sólo les quedaba esperar. Es entonces cuando Moisés entra en escena. Estamos a finales del reinado del Faraón Ramsés.

La liberación de las tribus --“Pésaj”, “Pascua”-- tiene lugar en los primeros años del reinado del sucesor de Ramsés II, el Faraón Merneptah (años 1235 al 1227 a.C.).

La desgracia de su pueblo le hace a Moisés irse al desierto, allí escucha la voz divina, y luego vuelve como mensajero de Dios a su comunidad. El texto del relato de su experiencia en el desierto nos enseña muchas cosas.

“Apacentando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Horeb, monte de Dios. Y se le apareció el Ángel del Señor en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema. Viendo el Señor que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí.... Yo os sacaré de la aflicción de Egipto a la tierra del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo, a una tierra que fluye leche y miel.” (Éxodo 3:1-4,17).

Este es el testimonio de un momento decisivo en la vida de Moisés, de Israel, y de la humanidad. A diferencia de otros relatos de la antigüedad remota, el Dios de la zarza no revela secretos mágicos a Moisés; sólo le ordena que haga determinadas cosas. El hecho se realiza como un acto de la gracia divina.

De modo que el milagro no es el resultado de una habilidad especial ni puede, al mismo tiempo, ser realizado por la mera voluntad humana. Es un acontecimiento singular que ocurre por el solo arbitrio de Dios y como signo de su dominio soberano.

El nombre de Dios --el nombre oculto-- fue revelado por primera vez en esta gloriosa teofanía. Estas son las consonantes hebreas del inefable nombre de Dios: “Yod, Hé, Vav, Hé”, que corresponderían a nuestras letras latinas “YHVH”.

Sabemos que el nombre era pronunciado correctamente por los sacerdotes de la época del Primer Templo de Jerusalem, en los días de Salomón. La tradición nos dice que el Sumo Sacerdote lo pronunciaba solamente en el “Yom Kipur”, “Día del Perdón” (Mishná, Yoma 6.2), y los sacerdotes también lo hacían al pronunciar la bendición aarónica sacerdotal conocida como “birkat cohanim”, registrada en el texto del libro de los Números 6:24-26:

“YHVH te bendiga, y te guarde; YHVH haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; YHVH alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz.”

Con el propósito de mantener la oportuna reverencia ante el Nombre del Señor, y evitar el quebrantamiento del mandamiento que reza “no tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano; porque el Señor no dará por inocente al que tome su nombre en vano”, hacia el siglo tercero antes de Cristo se substituyó la pronunciación del Nombre por “Adonai”; es decir, “Señor mío”. Esto está confirmado por la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento, conocida también por “Versión de los LXX”, donde el griego “Kyrios”, “Señor”, aparece en todos los casos donde en el texto hebreo hace acto de presencia el Tetragrama. Lo mismo ocurre con el texto del Nuevo Testamento, que también nos llega en el griego coíné, es decir, en la “lingua franca” del mundo mediterráneo del primer siglo de nuestra era.

Cuando varios siglos más tarde, los sabios de la “Masora”, hebreo para “tradición”, reunidos en Tiberiades, entre los siglos VI y IX d.C., conocidos en el mundo judío por “baalei hamasorá”, y en círculos cristianos como “Masoretas”, inventaron un sistema de vocales y acentos que registraron en los márgenes de los manuscritos de la Torá, no en los textos empleados en el culto. De ese modo se estableció la ortografía adecuada, basada en la vocalización tradicional, mediante lo cual se facilitó la lectura del texto consonantal. También aportaron la división del texto del Antiguo Testamento en capítulos y versículos, para la más fácil localización de los pasajes, así como estudios de variantes textuales, léxicas y fonológicas.

En la Edad Media comenzó a desarrollarse la tradición cristiana de leer el Nombre como “Jehová”, ya que los rabinos habían adoptado la costumbre de poner las vocales “e”, “o” y

“a”, sólo como contraseña. Así fue como en los medios cristianos se desarrolló la práctica de latinizar el Nombre por “Jehová”. Los eruditos han llegado al acuerdo general de que la pronunciación original debe de haber sido “Yavé”.

Suele pasar por alto que nuestro Señor Jesucristo también evita la pronunciación del Nombre, cuando nos da esa oración modélica que conocemos como “Padrenuestro” u “Oración del Señor”:

“Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.” (Mateo 6:9).

Esta enseñanza de nuestro bendito Salvador ha pasado prácticamente inadvertida para la mayoría de los cristianos de los siglos siguientes, hasta nuestros días, a pesar de que el “Kidush Hashem”, la “Santificación del Nombre”, es uno de los principios más elevados de la fe hebrea, y, por lo tanto, la de Jesús.

El sacrificio por la santificación del Nombre de Dios es lo que se encuentra detrás de los fieles que aceptaron el martirio durante la persecución de los invasores sirios, en los días de Antíoco Epifanes IV. Ese es el sentido que Israel siempre dio a todas las persecuciones a través de su historia, durante la Edad Media y las Cruzadas, las matanzas en Polonia y Ucrania en el siglo XVII, y el Holocausto de la judería europea durante el terror nazi de la Segunda Guerra Mundial.

El nombre, hebreo “Eheíé Asher Eheíé”, se suele interpretar por “Yo soy el que soy” o “yo soy lo que soy”:

“Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros.” (Éxodo 3:13-14).

Pero cada día son más los eruditos que entienden este “nombre-título” como “Yo estaré dondequiera que tú estés”. Aquí, por primera vez también, Dios llama a Israel “mi pueblo”:

“Dijo luego el Señor: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias... Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel.” (Éxodo 3:7, 10).

En la visión de la zarza, Dios aparta a Israel para ser la esfera de su revelación en la historia: De aquí en adelante, Dios enviará a los profetas. Y lo que frecuentemente muchos olvidan hasta el día de hoy es que el Señor no se revela a través de una religión organizada, sino mediante la formación de un pueblo. De ahí también que la mayoría de los mandamientos divinos no sean estrictamente religiosos, sino, antes bien, normas de convivencia entre los hombres, respeto al prójimo, a la tierra y su entorno.

El relato de la zarza marca la primera aparición del profeta como celoso custodio de la palabra divina, es decir, de su voluntad. A diferencia de los demás pueblos orientales, Israel no tiene sabios iluminados, gurúes o santones, sino “profetas”, es decir, portavoces de la Palabra de Dios y enviados a proclamarla. Por eso es que el Señor envía a Moisés ante el Faraón, cabeza de un reino pagano, para que éste conozca a Dios y sepa de su mandato, para combatir su soberbia y arrogancia, y humillarlo para su bien.

De modo que en el relato de la zarza aparecen por primera vez los rasgos que constituirán el marco histórico para el monoteísmo. El relato de la zarza marca el comienzo de una época. El simbolismo del relato da una expresión concreta a la nueva idea religiosa revelada a Moisés en el desierto de Sinaí: La voluntad de Dios gobierna todas las cosas, y Él aparece como Palabra en la llama que arde en la zarza seca y espinosa sin consumirse. Es decir, acontece algo que trasciende su propia naturaleza. Es un signo del Dios que domina toda la creación y por cuya voluntad un espino seco no se quema con el fuego.

El sentido de la eternidad aparece aquí expresado en los términos concretos que caracterizan al lenguaje del Antiguo Testamento, miles de años antes de que haga acto de presencia el pensamiento abstracto que hemos heredado de los griegos.

La experiencia de la zarza sirve para expresar la idea de que Dios es superior a todas las cosas, y, por consiguiente, no puede ser "cosificado" por el hombre, ni reducido a objeto de culto, es decir, convertido en ídolo. Por eso los prodigios que se manifestaron en Egipto, y muy especialmente las diez plagas, son las maneras en que Dios se muestra como el Señor soberano de toda la naturaleza: De las aguas, de la tierra, de las criaturas vivientes, del viento, del fuego, del granizo, de la luz y de las tinieblas, así como de todos los dioses grotescos de Egipto.

Ahora, respecto al Nombre de Dios, tanto Moisés como el pueblo lo desconocían. Se le identifica como el "Dios de los padres". Esto quiere decir que si el Dios que se revela a Moisés fue desconocido hasta entonces, es porque Él está fuera de la esfera de la religión mágico-mitológica de los paganos, entre quienes habían vivido y formado parte las tribus inconexas que darían después lugar a la formación de Israel.

El mundo de los hombres no había conocido a Dios por nombre, no le había construido templos, no le había representado en imágenes, ni había relatado sus maravillas. El hecho de mantenerse desconocido significa que es diferente a todos los dioses paganos de la naturaleza. Todas las deidades de los pueblos son proyecciones de sus miedos y fobias, pero el Dios vivo y verdadero no puede ser conocido por el hombre, a menos que Él se revele y soberanamente se dé a conocer.

Israel tampoco le conoce. Por eso no le puede llamar "su Dios"; pero Dios sí le llama "mi pueblo", y viene a salvarlos de la servidumbre por su sola gracia y misericordia. De modo que Dios es desconocido porque es incognoscible, a menos que Él soberanamente decida darse a conocer a los hombres. Por eso se revela a Moisés como Dios del universo y Dios de Israel para todas las naciones.

Pero, volvamos al reinado de Merneptah. Sus primeros años fueron bastantes críticos: Guerras en Canaán, en Libia, y la paralización, al morir Ramsés, de las grandes construcciones emprendidas.

En el mes de Avir ("fruta de primavera"), hacia el año 1230 a.C., Moisés dio la señal y las tribus se pusieron en camino. Su objetivo inmediato era escapar al desierto. Los egipcios enviaron una columna para obligar a los fugitivos a volver a su punto de partida. Todos conocemos el relato de la travesía del Mar Rojo. Dios abrió las aguas, y el pueblo de Israel pasó sobre tierra seca, pero las tropas egipcias quedaron hundidas en el fango del fondo, y perecieron ahogadas al intentar atravesarlo.

Israel celebró por primera vez su independencia bajo el cielo del desierto. Allí resonó por primera vez un canto al Señor. Fue el primer festival de la nueva religión, la primera expresión del nuevo culto, en el que vinculaba el paso más importante para su constitución

como nación, su relación especial con el Dios Altísimo y su llamada a la libertad, que después entenderían para ellos y para todos los hombres.

No fue un festival mitológico que celebrara un acontecimiento de la vida de un dios, al estilo de las formas religiosas de los pueblos circunvecinos, sino una fiesta histórica que perpetuaba la memoria de la acción de Dios que redime al hombre liberándolo.

La meta de las tribus fue la tierra de Canaán, el país donde habían morado sus antepasados, pero Moisés los condujo primero al desierto para iniciarles en el pacto y convertirlos en pueblo y nación. Así fue como los llevó al monte de Dios, al lugar donde el Señor se le reveló por primera vez.

La narración del pacto en el Sinaí es una teofanía majestuosa, sin paralelo en la historia. El relato se asemeja al de la zarza. El Dios que se manifiesta a Moisés en el silencio del desierto, como la llama en la zarza, se exterioriza ahora ante los ojos de todo el pueblo con las señales magníficas de los truenos, los rayos y el fuego. Estos elementos, al igual que la nube, sirven sólo de fondo para la palabra, para el otorgamiento de la Torá. Las leyes conectadas con la teofanía del Sinaí son particularmente los Diez Mandamientos:

“Y habló Dios todas estas palabras, diciendo:

Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.

No tendrás dioses ajenos delante de mí.

No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra.

No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.

No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano; porque no dará por inocente el Señor al que tomare su nombre en vano.

Acuérdate del día de reposo para santificarlo.

Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para el Señor tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas.

Porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, el Señor bendijo el día de reposo y lo santificó.

Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que el Señor tu Dios te da.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No hurtarás.

No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.

No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.” (Ex. 20:1-17; Ver también Deuteronomio 5:1-21)).

Las Diez Palabras, como se conocen los Mandamientos del Decálogo en la tradición hebrea, ocupan un lugar único entre las leyes del Pentateuco. Solamente estos mandamientos fueron dados directamente por la teofanía de Dios, sin la mediación del profeta, inscriptos en las Tablas del Testimonio de Piedra y colocados en el Arca de la Alianza.

El examen de los Diez Mandamientos nos puede decir mucho sobre la naturaleza de la Alianza y de la Torá.

Los primeros cuatro mandamientos son religiosos (Éxodo 20:2-11). Son además específicamente israelitas:

El primero obliga a Israel a ser fiel a Dios que lo sacó de Egipto, y a no adorar ninguna otra divinidad o criatura.

El segundo prohíbe la adoración de los ídolos y de las imágenes, tan abundantes en la religiosidad de las demás naciones. El monoteísmo se expresa aquí en términos de “Dios celoso”.

El tercer mandamiento encomienda preservar la santidad del Nombre reservado que se le ha revelado a su siervo Moisés.

El cuarto prescribe la santificación. Aquí se revela la santificación del tiempo frente al concepto pagano de la santificación del espacio, razón por la cual el Señor no pide a su pueblo la edificación de ningún templo hecho de la mano de los hombres. Dios no pide la construcción de una edificación, ni la santificación de un determinado lugar, sino la consagración del tiempo.

Se dan dos razones: En el capítulo 20 del libro del Éxodo se da un motivo cosmogónico:

“Porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, y reposó en el séptimo día.” (v. 11).

Se enfatiza que Dios ha creado el universo. En Deuteronomio 5 se da un motivo etno-histórico: El “Shabat” conmemora la liberación de la esclavitud de las tribus hebreas bajo el poder del Egipto faraónico:

“Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual el Señor tu Dios te ha mandado que guardes el día de reposo.” (v. 15).

De ahí el uso de dos términos hebreos diferenciados: “Zacor”, “acordarse” (Éxodo 20:8), y “Shamor”, “guardar” (Deuteronomio 5:12). Aquí conviene recordar que la razón por la que nos llegan dos versiones prácticamente idénticas del Decálogo, con la única excepción de estos dos conceptos respecto al día de reposo, es decir, “acordarse” y “guardar”, se encuentra en una clave exegética hebrea que se halla “escondida” en el libro de los Salmos:

“Una vez habló Dios; dos veces he oído esto; que de Dios es el poder, y tuya, oh Señor, es la misericordia; porque tú pagas a cada uno conforme a su obra.” (Salmo 62:11-12).

Los últimos seis mandamientos tienen carácter universal. Prescriben la honra a los padres y el respeto por la santidad de la vida, del matrimonio, de la propiedad y de la justicia. El último prohíbe la codicia envidiosa. Una traducción literal del mandamiento que reza “No hurtarás”, sería “No robarás personas”, es decir, “no secuestrarás a personas”, por cuanto el verbo empleado no hace referencia a apropiarse de “cosas”, sino de “privar de libertad a seres humanos”. La prohibición del robo está más bien contenida en el último mandamiento, donde además se nos da la motivación pecaminosa de codiciar, y que conduce a apropiarse tanto de objetos como de personas.

Dios no pretende ser completamente novedoso en los Diez Mandamientos. La propia Biblia insiste en que el hombre tenía que obedecer la ley moral a partir de Adam, y por haberla violado, la humanidad fue condenada a la destrucción por el Diluvio, y por esa misma causa perecieron las ciudades de Sodoma y Gomorra. De manera que el pagano no sufre castigo por su idolatría sino por su corrupción moral, a pesar de no haber recibido la Torá.

De esa manera la misma Biblia reconoce tácitamente que las reglas morales universales de la Alianza del Sinaí son ya conocidas por los hombres y que estaban en vigencia entre ellos, sea teórica o prácticamente, ya mucho antes de que Israel estuviera en el Sinaí.

Queremos abundar en el hecho de que el Dios del Sinaí no muestra atributos mitológicos, sino morales, como se desprende de la renovación del Pacto que hace el Señor, y que nos llega registrado en el capítulo 34 del libro del Éxodo, versículo 6 y siguientes, donde la preocupación del Señor por apartar a su pueblo de la idolatría es más que notoria:

“Y pasando el Señor por delante de Moisés, proclamó: ¡YHVH! ¡YHVH! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación... Guarda lo que te he mandado hoy... Guárdate de hacer alianza con los moradores de la tierra donde has de entrar, para que no sean tropezadero en medio de ti. Derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y cortaréis sus imágenes de Asera. Porque no te has de inclinar a ningún otro dios, pues el Señor, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es. Por tanto, no harás alianza con los moradores de aquella tierra; porque fornicarán en pos de sus dioses, y ofrecerán sacrificios a sus dioses, y te invitarán, y comerás de sus sacrificios; o tomando de sus hijas para tus hijos, y fornicando sus hijas en pos de sus dioses, harán también fornicar a tus hijos en pos de los dioses de ellas. No te harás dioses de fundición.”

Así, a través de una Alianza basada en la ley divina, las tribus hebreas se convirtieron en nación:

“Porque tu eres pueblo santo para el Señor tu Dios; el Señor tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido el Señor y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto el Señor os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado el Señor con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que el Señor tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo; y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago. Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas.” (Deuteronomio 7:6-11).

Efectivamente, Dios no escoge a Israel por méritos o valores extraordinarios, sino con el amor absolutamente gratuito con que Dios siempre actúa. El propósito revelado por Dios es servirse de un pueblo pobre y oprimido para mostrar más claramente su propio ser y naturaleza, así como el alcance de su proyecto para con toda la humanidad.

Por eso Dios demanda a Israel, como respuesta al don que acaba de recibir, que configure su vida de acuerdo con las leyes divinas, pues estas serán las que posibiliten el reinado de Dios sobre la tierra, es decir, la creación de un pueblo en el que reine la justicia, donde no haya empobrecidos, porque todos hayan aprendido la lección de tratarse como hermanos, y sojuzgar y compartir las riquezas de la tierra que el Señor da a todos sus hijos.

Curiosamente, el estudio serio de los mandamientos del Señor, en general, y muy particularmente las leyes del reposo sabático y el jubileo, nos muestran razones divinas para la paz, convivencia y justicia entre los hombres, y no tanto esas supuestas "razones" religiosas en que los decretos divinos han llegado a convertirse, auténticos subterfugios de la religión al servicio de los poderosos de este mundo.

Terminaremos esta lección con algunos textos dignos de meticulosa consideración al respecto del alcance social de los mandamientos, estatutos y decretos de nuestro Dios:

"Que no haya en medio de ti mendigo; porque el Señor te bendecirá con abundancia en la tierra que el Señor tu Dios te da por heredad para que la tomes en posesión." (Deuteronomio 15:4).

"Guardarás el día de reposo para santificarlo, como el Señor tu Dios te ha mandado. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo al Señor tu Dios; ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, para que descanse tu siervo y tu sierva como tú. Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual el Señor tu Dios te ha mandado que guardes el día de reposo." (Deuteronomio 5:12-15).

El sentido del día de reposo nada tiene que ver con el día aciago de los pueblos circunvecinos de Israel, sino, antes bien, la consideración de la creación del universo unida al recuerdo de que un día el pueblo fue esclavo y ahora es libre; de manera que el mandamiento está llamado a evitar tanto que el pueblo hebreo vuelva a caer en la esclavitud, como que él mismo se vuelva esclavista. Desde la perspectiva de Dios, tan esclavo es el pueblo sometido a la esclavitud como aquel que lo somete.

Lo mismo puede decirse respecto al descanso sabático, que ha de alcanzar también a la tierra, y no sólo al reposo del hombre, y el año del jubileo:

"El año cincuenta os será jubileo; no sembraréis, ni segaréis lo que naciere de suyo en la tierra, ni vendimiaréis sus viñedos, porque es jubileo; santo será a vosotros; el producto de la tierra comeréis. En este año de jubileo volveréis cada uno a vuestra posesión. Y cuando vendiereis algo a vuestro prójimo, o comprareis de mano de vuestro prójimo, no engañe ninguno a su hermano. Conforme al número de los años después del jubileo comprarás de tu prójimo; conforme al número de los años de los frutos te venderá él a ti. Cuanto mayor fuere el número de los años, aumentarás el precio, y cuanto menor fuere el número, disminuirás el precio; porque según el número de las cosechas te venderá él. Y no engañe ninguno a su prójimo, sino temed a vuestro Dios; porque yo soy el Señor vuestro Dios." (Levítico 25:11-17).

El “espíritu” de estas leyes llega al Nuevo Testamento y a las instrucciones apostólicas a las asambleas cristianas nacientes:

“Ahora, pues, llevad también a cabo el hacerlo (se refiere a la ofrenda a favor de los hermanos empobrecidos entre las iglesias de Judea), para que como estuvisteis prontos a querer, así también lo estéis en cumplir conforme a lo que tengáis. Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será aceptada según lo que uno tiene, no según lo que no tiene. Porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para otros estrechez, sino para que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad, como está escrito: El que recogió mucho, no tuvo más, y el que poco, no tuvo menos.” (2ª Corintios 8:11-15).

### **Lección 3.**

La experiencia del pacto en el Sinaí produjo la desaparición del politeísmo de en medio del pueblo de Israel. De ahí que en las Sagradas Escrituras se presente siempre el politeísmo como fetichismo: La adoración de la piedra y la madera. Entre los numerosísimos ejemplos bíblicos veamos el pasaje de Jeremías 10:1-16:

Así fue como del panteón primitivo de Israel no quedó nada después de la teofanía de Sinaí. El Señor les reveló el origen y procedencia de las antiguas divinidades y les dio instrucciones muy precisas, en las que vemos la obligación de distanciarse de los sacrificios domésticos, por su vinculación a los espíritus familiares, y su obligación de traer sus sacrificios y holocaustos a la puerta del tabernáculo de reunión, como se desprende del texto de Levítico 17:5-7:

“A fin de que traigan los hijos de Israel sus sacrificios, los que sacrifican en medio del campo, para que los traigan al Señor a la puerta del tabernáculo de reunión al sacerdote, y sacrifiquen ellos sacrificios de paz al Señor. Y el sacerdote esparcirá la sangre sobre el altar del Señor a la puerta del tabernáculo de reunión, y quemará la grosura en olor grato al Señor. Y nunca más sacrificarán sus sacrificios a los demonios, tras de los cuales han fornicado; tendrán esto por estatuto perpetuo por sus edades.”

Igualmente, vemos que el fundamento de la Alianza no es un acto mágico, sino la Palabra Divina. También es sorprendente en medio del contexto de Israel y sus vecinos, que el conductor de la confederación tribal formada por el Señor en torno a los mandamientos divinos no es un rey, ni un sacerdote, sino un “laico”, que diríamos quizá nosotros; un profeta, entiéndase “un portavoz de Dios”.

Los relatos mitológicos desaparecen y se substituyen por crónica de la historia humana. Así es como se forma lo que bien podemos denominar “la historicidad de la fe bíblica”, la cual no está basada en especulación filosófica, sino, antes bien, en acontecimientos histórico-salvíficos.

Por eso Moisés redacta el Libro de la Ley en tres estratos: Primeramente, la historia universal hasta la confusión de las lenguas; en segundo lugar, el período patriarcal; y finalmente, la epopeya del pueblo de Israel, desde sus orígenes hasta su entrada en la tierra de Canaán.

La primera actividad ritual de Israel fue ceremonia profética y popular, comprendiendo también el canto y la danza. El pueblo conducido por Moisés celebra su salvación milagrosa con un canto a la vida, es decir, a Dios, su autor; y luego, Myriam, latinizada “María”, profetisa y hermana de Moisés, conduce a las mujeres en una danza al son de panderos y cantos. Y todas las ceremonias de la celebración de la Alianza fueron proféticamente inspiradas, sin ritual preestablecido, en la libertad característica de la presencia del Espíritu Santo. (Ver Éxodo 15:1-21). Nada más alejado del sentido de solemnidad característico de nuestra herencia cultural filosófica, donde el espíritu de celebración queda amordazado por la función religiosa en la que el pueblo queda relegado a espectador silencioso. La propia disposición “teatral” de las congregaciones contribuye poderosamente al respecto.

La Pascua queda como conmemoración de la redención (liberación) de Israel en aquella noche, antes de salir de Egipto. Por eso es que el ritual de la pascua es popular, no sacerdotal, y por lo tanto el sacerdote y el altar no son necesarios, sino, antes bien, el hogar familiar y la mesa cotidiana, engalanada para la ocasión festiva, y donde aparecen los platos propios de la fiesta y de la estación.

El Arca, a diferencia de las arcas sagradas presentes en la religión de los pueblos circunvecinos, no contiene una imagen de un dios (un fetiche o ídolo), sino las Tablas, es decir, la presencia de la Santa Palabra de Dios. Tampoco los Querubines ocupan la posición de protectores de la divinidad, sino que son el signo o referente del pacto del Altísimo con el pueblo de Israel. Es decir, que a diferencia del paganismo circundante, Israel no lleva en el Arca a una divinidad o la imagen de la misma, sino el testimonio del pacto. Por eso el culto de Israel no tiene elementos míticos de ninguna especie: Sus festividades conmemoran acontecimientos históricos de la vida de las criaturas de Dios; no hay ninguna ceremonia para proteger a Dios ni al hombre de las fuerzas destructivas de la impureza demoníaca, ni hay que protegerse de la influencia negativa de determinados días aciagos.

Uno de los rasgos más característicos del código sacerdotal es su nueva concepción de la impureza. En el mundo pagano, la impureza se considera como una fuerza sobrenatural y maléfica. En el código sacerdotal, por el contrario, la impureza no tiene ningún poder. Las fuerzas demoníacas sólo sobreviven residualmente, de modo que deben ser separados cuidadosamente de lo sagrado. Sólo lo sagrado tiene verdadero poder. Y lo sagrado siempre procede de Dios, sólo, única y exclusivamente.

De ahí que el valor del culto no resida en su eficacia inherente, sino en el hecho de ser un mandamiento divino. No es producto de una ciencia mágica, sino de la voluntad de Dios. El objetivo del culto es acercar al hombre a Dios, santificarlo, infundiendo en él el sentido de santidad que en la Biblia se denomina "temor de Dios". De ahí que la voz del hebreo bíblico para la ofrenda sacrificial sea el vocablo "korbán", de la raíz "karóv", cuyo significado es "cerca", "cercano", "próximo", por cuanto el sacrificio u ofrenda nos acerca a Dios, y, por consiguiente, lo que no nos aproxima al Señor no puede considerarse ofrenda o sacrificio.

El entusiasmo creativo despertado por el nuevo sentido de la fe y por su profeta Moisés llenó la vida de las tribus. El desierto, sin duda, produjo también sus efectos. No olvidemos que el medio físico también está en los planes de Dios.

El desierto es tierra salvaje, pero, al mismo tiempo, es virginal, no tocada por el paganismo idolátrico, donde no pueden hacerse esculturas ni imágenes del viento cálido, las dunas de arena cambiantes y el fuego de las frías noches. Por eso fue el medio más oportuno para que el pueblo de Israel pudiera desprenderse de las viejas formas y moldear otras nuevas.

El desierto fue la "noche oscura del alma" de Israel, expresión acuñada por nuestro místico Juan de la Cruz (1564-1591), cuyo sentido apunta hacia el emerger de Dios dentro del alma, en este caso que nos ocupa la hebrea, que como toda alma humana, necesita ser depurada de nuestra ignorancia e imperfecciones producidas por el pecado. No fue un tiempo de abandono de Dios, como algunos creen, sino que fue una etapa de aprendizaje de confianza en el Eterno.

Sin embargo, no hemos de olvidar que las tribus hebreas no eran beduinas. Su viaje al desierto no fue el retorno al hogar, sino que en él encontraron un refugio temporal frente a la opresión tiránica bajo la garra opresora del imperio faraónico. Por eso fue que la austeridad de la vida en el desierto no les resultó fácil de soportar. La vieja esperanza de volver a la

tierra de Canaán, país donde fluyen leche y miel, volvió a despertar con fuerza y adquirió un sentido nuevo después de la revolución espiritual que supuso la experiencia en el Sinaí.

Lo que desearon desde aquel momento no fue solamente un territorio nacional, sino un país que pudiera ser consagrado al Dios Altísimo, y en el cual el Eterno reinara como soberano sobre sus vidas, tierras y haciendas. De esta manera, el deseo de establecerse se convirtió en un ideal profético, en la consecuencia natural de la redención de la esclavitud padecida durante el tiempo pasado en el Egipto faraónico.

El primer intento de invasión de Canaán no tuvo éxito. El pueblo de Israel no estaba todavía maduro, y tampoco hemos de olvidar que no se trataba de un imperio dotado de un ejército regular bien dotado y organizado para la guerra. El Señor tuvo que fortalecer el espíritu de aquellas tribus hebreas, organizándolas en forma de una federación. El Señor tuvo que educar a la juventud inculcándoles la fe.

Así fue como permanecieron en los alrededores de Kadesh, en el curso de toda una generación. Luego se trasladaron a Transjordania para buscar una nueva base y para preparar la conquista de todo el territorio. Derrotaron a los reyes amoritas --Sijón y Og-- y tomaron posesión de sus tierras, pero siguieron con la idea de llegar hasta Canaán, la tierra que les fue prometida por Dios. Por eso establecieron un campamento frente al río Jordán, enfrente de Jericó, en la planicie de Moat, en Abel-Shittim.

Aquí fue donde Israel cometió pecado de idolatría por primera vez después de la experiencia de Sinaí: Adoraron a Baal Peor, una divinidad compartida por los cananeos y los moabitas. El relato que nos llega de este pecado de idolatría en las Sagradas Escrituras es sumamente instructivo. Como fácilmente podemos ver, el pecado surge del contacto con una nación pagana. El Señor se lo había advertido claramente a Israel, como hemos visto en Deuteronomio 7:6-11 (Ver también Números 25:1ss.; Éxodo: 34:11-17; Deuteronomio.7:1-5).

Ni siquiera el Becerro de Oro fabricado en el Sinaí estaba hecho en el nombre de un dios ajeno, por más que fue objeto de una adoración pecaminosa. Delante del altar del Becerro de Oro, Aarón gritó: "Mañana será fiesta para YHWH" (Éxodo. 32:5).

Por lo tanto, la primera regresión a la adoración pagana ocurre en las fronteras de Moab:

"Moraba Israel en Sitim; y el pueblo empezó a fornicar con las hijas de Moab, las cuales invitaban al pueblo a los sacrificios de sus dioses; y el pueblo comió, y se inclinó a sus dioses. Así acudió el pueblo a Baal-peor; y el furor del Señor se encendió contra Israel." (Números 25:1-3).

Son las mujeres moabitas quienes seducen a los hombres de Israel para que el pueblo adore a sus dioses, y, por lo tanto, el pecado no se comete tanto por la debilidad de la fe como por la debilidad de la carne.

De acuerdo con Números 31:16 la disponibilidad de las mujeres fue una maniobra de Balaam para inducir a Israel a la adoración de los ídolos:

"He aquí, por consejo de Balaam ellas fueron causa de que los hijos de Israel prevaricasen contra el Señor en lo tocante a Baal-peor, por lo que hubo mortandad en la congregación del Señor."

Ya en este relato, la idolatría se considera como algo ajeno a Israel, como algo a lo que sólo puede ser inducido el pueblo por circunstancias especiales.

Después muere Moisés, y la dirección del pueblo recae sobre Josué, su fiel discípulo. Moisés transfirió la unción de su espíritu a Josué, y le encargó conquistar Canaán y darlo a los hijos de Israel en posesión perpetua.

## **Lección 4.**

Las tribus israelitas entraron en Canaán en la época de los disturbios egipcios después de la muerte del Faraón Merneptah. El relato de las campañas bélicas de Josué se encuentra en los capítulos 1-12 de su libro.

A los egipcios no se les menciona, de lo que se desprende la desintegración de la autoridad egipcia en los años posteriores a la muerte del Faraón Merneptah. A éste le sucedió Ramsés III (1264-1195 a.C.).

Los cananitas se paralizaron ante las conquistas de Josué. Se cumplió lo prometido por el Señor en Deuteronomio 9:1-5:

“Oye, Israel: tú vas hoy a pasar el Jordán, para entrar a poseer a naciones más numerosas y más poderosas que tú, ciudades grandes y amuralladas hasta el cielo; un pueblo grande y alto, hijos de los anaceos, de los cuales tienes tú conocimiento, y has oído decir: ¿Quién se sostendrá delante de los hijos de Anac? Entiende, pues, hoy, que es el Señor tu Dios el que pasa delante de ti como fuego consumidor, que los destruirá y humillará delante de ti; y tú los echarás, y los destruirás en seguida, como el Señor te ha dicho. No pienses en tu corazón cuando el Señor tu Dios los haya echado de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha traído el Señor a poseer esta tierra; pues por la impiedad de estas naciones el Señor las arroja de delante de ti. No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos, sino por la impiedad de estas naciones el Señor tu Dios las arroja de delante de ti, y para confirmar la palabra que el Señor juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob.”

Los israelitas formaron en la tierra de Canaán un pueblo culturalmente diferenciado del contexto. Pero, a pesar de todo, la Biblia testimonia la introducción de figuras importadas para su adoración supersticiosa: Los Baalim (deidades masculinas) y las Ashtarot (deidades femeninas). Sin embargo, todo parece indicar que esta idolatría politeísta pertenecía al ámbito del culto privado, e incluso casi secreto, como se desprende de algunos textos:

“Pero Labán había ido a trasquilar sus ovejas; y Raquel hurtó los ídolos de su padre.” (Génesis 3:19).

En el versículo 30, de este capítulo 31 de Génesis, Labán se refiere a aquellos ídolos como “sus dioses”:

“Y ya que te ibas, porque tenías deseos de la casa de tu padre, ¿por qué me hurtaste mis dioses?”

“Tomó luego Mical una estatua, y la puso sobre la cama, y le acomodó por cabecera una almohada de pelo de cabra y la cubrió con la ropa.” (1º Samuel 19:13 ss.).

Este remanente de idolatría, aparentemente inofensivo, fue causa de todas las calamidades nacionales. Y a pesar del secretismo de la práctica abominable en algunos momentos de su historia, el Señor, que conoce los corazones de los hombres, sabe que ahí radican todos los males de su pueblo:

“Dejaron todos los mandamientos del Señor su Dios, y se hicieron imágenes fundidas de dos becerros, y también imágenes de Asera, y adoraron a todo el ejército de los cielos, y sirvieron a Baal; e hicieron pasar a sus hijos e hijas por fuego; y se dieron a adivinaciones y agüeros, y se entregaron a hacer lo malo ante los ojos del Señor, provocándole a ira.” (2º Reyes 17:16-17).

De ahí la gran insistencia por parte de nuestro Señor en evitar que el pueblo hebreo cayera en la idolatría y todas las demás abominaciones. Recordemos algunos de los principales textos al respecto:

“Cuando entres a la tierra que el Señor tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con el Señor cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones el Señor tu Dios echa estas naciones de delante de ti. Perfecto serás delante del Señor tu Dios. Porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y a adivinos oyen; mas a ti no te ha permitido esto el Señor tu Dios.” (Deuteronomio 18:9-14).

“No os volváis a los encantadores ni a los adivinos; no los consultéis, contaminándoos con ellos. Yo YHVH vuestro Dios.” (Levítico 19:31).

Las medidas que el Señor ordena a su pueblo en los primeros momentos formativos de su historia son realmente drásticas, y nos muestran la trascendencia del peligro de todas las prácticas abominables e idolátricas para su futuro:

“Cuando se hallare en medio de ti, en alguna de tus ciudades que el Señor tu Dios te da, hombre o mujer que haya hecho mal ante los ojos del Señor tu Dios traspasando su pacto, que hubiere ido y servido a dioses ajenos, y se hubiere inclinado a ellos, ya sea el sol, o la luna, o a todo el ejército del cielo, lo cual yo he prohibido; y te fuere dado aviso, y después que oyeres y hubieres indagado bien, la cosa pareciere de verdad cierta, que tal abominación ha sido hecha en Israel; entonces sacarás a tus puertas al hombre o a la mujer que hubiere hecho esta mala cosa, sea hombre o mujer, y los apedrearás, y así morirán.”

Nada cambia al respecto cuando llegamos a las páginas del Nuevo Testamento:

“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.” (Gálatas 5:19-21).

“Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías.” (1ª Pedro 4:3).

“Por tanto, amados míos, huid de la idolatría. Como a sensatos os hablo; juzgad vosotros lo que digo... ¿Qué digo, pues? ¿Qué el ídolo es algo, o que sea algo lo que se sacrifica a los ídolos? Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios.” (1ª Corintios 10:14-15, 19-20).

La llamada astrología entra dentro de esta categoría de abominaciones que nuestro Señor quiere evitar para su pueblo redimido. Veamos la referencia que Esteban hace a esta abominación, citando el texto del profeta Amós 5:26-27, en su discurso antes de ser asesinado por ser testigo de nuestro Señor Jesucristo, y en el cual les recuerda cómo la idolatría astrológica había sobrevivido entre el pueblo desde tiempos antiguos:

“Antes bien llevasteis el tabernáculo de Moloc, y la estrella de vuestro dios Renfán, figuras que os hicisteis para adorarlas. Os transportaré, pues, más allá de Babilonia.” (Hechos 7:43).

En las Sagradas Escrituras hallamos también algunos textos en los que el Señor se burla de los ídolos, como, por ejemplo, en el texto del profeta Isaías 47:13:

“Te has fatigado en tus muchos consejos. Comparezcan ahora y te defiendan los contempladores de los cielos, los que observan las estrellas, los que cuentan los meses, para pronosticar lo que vendrá sobre ti. He aquí que serán como tamo; fuego los quemará, no salvarán sus vidas del poder de la llama; no quedará brasa para calentarse, ni lumbre a la cual se sienten.” (Isaías 47:13-14).

Es evidente que Dios condena la práctica de los astrólogos babilonios. Diagnostica el cansancio espiritual de semejante abominación, y además pronostica firmemente que sus conocimientos y prácticas no les librarán del justo juicio de Dios que vendrá sobre todos los hijos de desobediencia.

Entre todos los textos bíblicos, creemos que las palabras del profeta Daniel dirigidas al rey Belsasar, son unas de las más esclarecedoras respecto a las actitudes que se esconden en el corazón de todos los practicantes de la idolatría en todas sus formas abominables:

“Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, sabiendo todo esto; sino que contra el Señor del cielo te has ensoberbecido, e hiciste traer delante de ti los vasos de su casa, y tú y tus grandes, tus mujeres y tus concubinas, bebisteis vino en ellos; además de esto, diste alabanza a dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven, ni oyen, ni saben; y al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste.” (Daniel 5:22-23).

Volvamos ahora al momento histórico que nos ocupa. Estamos en la época que llamamos promonárquica, correspondiente a los textos de Josué, Jueces, y 1º Samuel 1-12. En este período queda perfectamente claro que el pecado históricamente decisivo de Israel es la idolatría. Toda calamidad, en los planos personales, familiares y nacionales, implica la presencia de ella.

En el otro extremo, hallamos el canto de Débora, en el capítulo 5 del libro de los Jueces, sin duda uno de los más bellos ejemplos de monoteísmo. El Señor es el único Dios. En este canto, como en todo el relato bíblico, los enemigos del Señor son las naciones hostiles, nunca sus dioses, por cuanto los dioses de los pueblos son ídolos demoníacos. Dios tiene solamente enemigos humanos. No hay ninguna deidad opuesta al Señor: Ni dioses ni demonios.

Los relatos de la Conquista, en los capítulos 2 al 12 del libro de Josué, ejemplifican esta idea básica: Israel nunca hubiera conseguido sus victorias sobre los reyes cananeos y sus ciudades amuralladas sin la ayuda divina, sin los milagros del Dios omnipotente. El Señor dividió el Jordán delante de ellos, hizo caer los muros de Jericó, atemorizó el corazón de los cananeos, subyugó la coalición de los reyes del sur y del norte, arrojó el granizo sobre el enemigo, detuvo el resplandor del sol en su recorrido hasta que Josué concluyó su batalla.

De acuerdo con el propio autor bíblico, el relato procede de una antiquísima colección de cánticos llamada “el libro de Jaser” (hebreo: “Iashar”), que también se cita en 2º Samuel 1:17-27. Esto testimonia la antigüedad de la noción según la cual el Señor controla todos los fenómenos de la naturaleza.

Hablemos ahora de las narraciones de los Jueces y de Samuel: Nos ofrecen cuadros íntimos de la vida de un pueblo sencillo que vive la proximidad de Dios, no en un sistema religioso complejo, sino de forma muy natural y doméstica. Esta fe en Dios, en su proximidad, sin fetichismos, sino como fianza en el Señor con todo el corazón, permite la experiencia de muchas visiones. No podemos analizarlas todas en este curso, pues sólo pretendemos dar una visión general de la historia del pueblo de Israel en la época bíblica, pero al menos podemos detenernos en una visión que estimamos ejemplarizante: La de Gedeón.

Éste ve al Ángel del Señor en la figura de un peregrino que se sienta bajo una encina cerca del lagar de su padre. El Ángel, es decir, el “Mensajero”, le habla a Gedeón, y le encarga la liberación de Israel de la opresión de los Madianitas. El relato está en el libro de Jueces 6:11-24. Vamos a destacar algunos versículos. Observaremos que el “Ángel del Señor” es el propio Señor como “Mensaje” y “Mensajero”:

“Y el ángel del Señor se le apareció, y le dijo: El Señor está contigo, varón esforzado y valiente... Y mirándole el Señor, le dijo: Vé con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de la mano de los madianitas. ¿No te envío yo?... ¿Con qué salvaré yo a Israel? Mi familia es pobre... y yo el menor de la casa de mi padre... Ciertamente yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre.” (vv. 12, 14, 15, 16).

Ver a Dios es algo terrible, algo mortal, pero muy ocasionalmente es concedido como favor especial:

“Viendo entonces Gedeón que era el ángel del Señor, dijo: Ah, Señor JHVH, que he visto al ángel de Dios cara a cara. Pero el Señor le dijo: Paz a ti; no tengas temor, no morirás. Y edificó allí Gedeón altar al Señor, y lo llamó JHVH-salom (“El Señor es Paz”); el cual permanece hasta hoy en Ofra de los abiezeritas.” (vv. 22-24).

Algo semejante acontece en el anuncio del nacimiento de Sansón, como se describe en el capítulo 13 del libro de Jueces.

En un sentido amplio, toda manifestación de Dios es un acto de su gracia especial. De ahí que el Señor demuestre su preocupación por su pueblo escogido llamando a los profetas y otros ungidos que realizaron obras poderosas bajo la dirección del Espíritu Santo.

En esa época que estudiamos (tiempo correspondiente a los textos de Jueces y Samuel) había santuarios dedicados a YHWH por todo el país. Algunos de los nacionales o centrales eran los de Shejem, Shiló, Mizpá y Bet-el. Los tesoros sagrados de la tienda (tabernáculo) del desierto estaban depositados en Shiló:

“Toda la congregación de los hijos de Israel se reunió en Silo, y erigieron allí el tabernáculo de reunión, después que la tierra les fue sometida.” (Josué 18:1).

Lo conveniente en el desierto ya no lo era en Palestina, principalmente por causa de las tormentas de lluvia. El culto se celebraba sistemáticamente en los santuarios locales, pero en las fiestas y grandes solemnidades la gente se desplazaba a los templos más importantes para orar u ofrecer sacrificios, así como para el cumplimiento de sus votos y promesas.

En esta época de la historia del pueblo de Israel, correspondiente a los días de Samuel, abundan los profetas ambulantes y videntes itinerantes, vinculados a manifestaciones orgiásticas. Gedeón acaba con los altares erigidos a los “baales” (“baalim”), es decir, a los restos idolátricos de las deidades cananitas.

Después de afincarse en Canaán, Israel se convirtió en una nación de labriegos, y, naturalmente, la religión de Israel también se adaptó a este cambio. Se desarrollaron festividades agrícolas, con prácticas religiosas vinculadas a la fertilidad del suelo. Conviene aquí hacer la lectura del libro del profeta Amós. De él recibimos mucha información respecto a esta época que estamos considerando. Se evidencian los conflictos entre la fe nueva y los residuos del paganismo ancestral. Ahora bien, estos choques solamente se dieron en el ámbito del culto, de la religión más o menos organizada, pero jamás hacen acto de presencia en el círculo profético.

En 1º Samuel, capítulos 5 y 6 hallamos un relato interesantísimo, que debemos leer ahora: Los filisteos capturan el Arca de la Alianza, la llevan a Ashdod, y la colocan ante la imagen del dios Dagón, en su templo. A la mañana siguiente la inmensa imagen de Dagón yace en el suelo ante el Arca. Lo colocan de vuelta en su lugar, pero al otro día está otra vez en el suelo. Y esta vez su cabeza y manos están cortadas. Luego comienzan las plagas en las ciudades filisteas. Y finalmente, los filisteos devuelven el Arca de la Alianza a su legítimo dueño: Israel.

El dios Dagón es un mero ídolo. No hay ni una sola palabra que hable del “encuentro” del Señor con Dagón. No hay lucha ni enfrentamiento. Sólo Dios es Dios. Es evidente que los filisteos sólo creen en una muda deidad llamada Dagón, y que ellos tienen por dios.

Esta época que estudiamos en la historia del pueblo de Israel tiene una característica política muy interesante: Se trata de los Jueces (hebreo: “Shoftim”, “libertadores”; es decir, los garantes de la libertad del pueblo). Esta institución sólo es posible después de que las tribus se han afirmado en el desierto como nación monoteísta. Las tribus hebreas, vencedoras sobre los cananeos, no adoptaron su estructura socio-política consistente en el establecimiento de ciudades-estado gobernadas por un monarca. La unidad sociopolítica israelita, después de la conquista de Canaán, siguió siendo fundamentalmente la confederación tribal querida por el Señor.

En cuanto al ejército, éste siguió siendo una fuerza miliciana, sin las características de unas fuerzas armadas organizadas y profesionales. Fue en el reinado de Salomón cuando Israel empezó a sofisticarse y usar caballería y carros de combate. Todo esto muestra claramente las diferencias de la cultura israelita en Canaán y la falta de mezcla con elementos foráneos.

Respecto a la tribu, hemos de decir que continuó siendo unidad territorial autónoma, dirigida por los jefes de los clanes familiares, que administran la justicia y el respeto por el bienestar general de sus gentes. No podemos encontrar nada que se asemeje a un gobierno supratribal. Sólo en ocasiones extraordinarias actuaban las tribus juntas, especialmente cuando algún enemigo común hacía acto de presencia y amenazaba la estabilidad del conjunto.

Este gobierno civil ejercido por los ancianos, jefes de los clanes familiares de cada tribu, es la forma democrática más antigua que conocemos, cuyos orígenes se remontan a muchos siglos antes de la formación de la nación de Israel, y en el cual se combinan la autonomía de las tribus y la interdependencia entre todas ellas en casos de necesidad o peligro. Sin embargo, por encima de la autoridad de los ancianos estaba la de los Jueces, como hombres inspirados.

Podemos afirmar, por tanto, que los Jueces son quienes constituyen la institución distintivamente israelita por excelencia. Nunca se desarrollaron formas estructuradas rígidamente. Pero las Sagradas Escrituras dan testimonio de que en cada momento de crisis nacional, cuando prevalecían los enemigos de Israel, surgió siempre un hombre o mujer inspirado; es decir, enviado por Dios para salvar a su pueblo de sus enemigos.

Entre los Jueces hubo verdaderos profetas, como Débora y Samuel, Gedeón y Sansón. Aparte de éstos, hay una larga lista de hombres que salvaron a la nación en la época que nos ocupa. Aquí creemos que es conveniente recordar que la monarquía no fue traída a Israel por voluntad divina. Por eso es interesante analizar la oposición de Samuel a la demanda popular de un rey. Primeramente, el pueblo pensó en proclamar un rey sobre ellos ante la corrupción de los hijos de Samuel, en la que podemos apreciar algún rasgo de nepotismo:

“Aconteció que habiendo Samuel envejecido, puso a sus hijos por jueces sobre Israel. Y el nombre de su hijo primogénito fue Joel, y el nombre del segundo, Abías; y eran jueces en Beerseba. Pero no anduvieron los hijos por los caminos de su padre, antes se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho.” (1º Samuel 8:1-3).

Esto hizo a los ancianos de las tribus y clanes optar por seguir el camino de las naciones y proclamar un rey sobre Israel:

“Entonces todos los ancianos de Israel se juntaron, y vinieron a Ramá para ver a Samuel, y le dijeron: He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones.” (1º Samuel 8:4-5).

Samuel no aceptó inmediatamente la propuesta de los ancianos del pueblo, sino que consultó al Señor:

“Pero no agradó a Samuel esta palabra que dijeron: Danos un rey que nos juzgue. Y Samuel oró al Señor. Y dijo el Señor a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos. Conforme a todas las obras que han hecho desde el día que los saqué de Egipto hasta hoy, dejándome a mí y sirviendo a dioses ajenos, así hacen también contigo.” (1º Samuel 8:6-8).

Ahora bien, el Señor le pide a Samuel que advierta al pueblo de los peligros de adoptar una monarquía como todas las naciones circunvecinas:

“Así hará el rey que reinará sobre vosotros: Tomará vuestros hijos, y los pondrá en sus carros y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro; y nombrará para sí jefes de miles y jefes de cincuentenas; los pondrá asimismo a que aren sus campos y sieguen sus mieses, y a que hagan sus armas de guerra y los pertrechos de sus carros. Tomará también a vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amasadoras. Asimismo tomará lo mejor de vuestras tierras, de vuestras viñas y de vuestros olivares, y los dará a sus siervos. Diezmará vuestro grano y vuestras viñas, para dar a sus oficiales y a sus siervos. Tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores jóvenes, y vuestros asnos, y con ellos hará sus obras. Diezmará también vuestros rebaños, y seréis sus siervos. Y clamaréis aquel día a causa de vuestro rey que os habréis elegido, mas el Señor no so responderá en aquel día.” (1º Samuel 8:11-18).

En la descripción que el Señor hace de las consecuencias de la monarquía se encuentran todos los elementos que borrarán las características divinas de la formación de Israel como

confederación de tribus: Primeramente, la formación de un ejército organizado y profesional; en segundo lugar, el comienzo de una incipiente industria armamentista; en tercer lugar, la formación de una corte y un cuerpo de funcionarios y oficiales; en cuarto lugar, un sistema fiscal abusivo que, como veremos después, provocará la división de la nación en dos reinos, y el comienzo de un proceso de ruina inevitable.

El pueblo recibió el mensaje de advertencia del Señor, pero persistieron en su propuesta. Samuel trasladó la reacción popular al Señor, y Dios accedió a sus pretensiones:

“Pero el pueblo no quiso oír la voz de Samuel, y dijo: No, sino que habrá rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones, y nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras. Y oyó Samuel todas las palabras del pueblo, y las refirió en oídos del Señor. Y el Señor dijo a Samuel: Oye su voz, y pon rey sobre ellos. Entonces dijo Samuel a los varones de Israel: Idos cada uno a vuestra ciudad.” (1º Samuel 8:19-22).

Así fue como Israel desobedeció al Señor, y Dios les dejó en su camino equivocado para que aprendieran. Dios no está a favor de un sistema monárquico para su pueblo, por cuanto el Señor nunca estableció el principio de cosa tal como una sucesión hereditaria basada en una calificación genealógica. La inspiración de los Jueces fue un don de Dios, no una cualidad heredada por orígenes familiares, sino que en cada ocasión fue un nuevo acto de gracia. Cada uno de los Jueces fue llamado y enviado individualmente por Dios, al igual que todos los profetas y los apóstoles posteriores. Y su facultad y su misión no provinieron de sus predecesores, sino directamente del Altísimo.

La institución de los Jueces está fundada en la fe de la elección de Israel por el Dios único, sin parangón entre el concierto de las naciones de la tierra. De ahí que la vida del pueblo de Israel sea la esfera histórica de la revelación divina. El Eterno, Rey Supremo de todo el universo, proclama su reinado enviando a sus apóstoles para salvarlo de la opresión. Precisamente, la aparición de los salvadores inspirados es la prueba concreta de la elección de Israel y de la supremacía excelsa de nuestro Dios.

Al principio, las tribus no establecieron una monarquía porque su confianza en el reinado de Dios fue constantemente confirmada por el surgimiento de sus Jueces. Dios prometió enviar a estos apóstoles salvadores, garantes de la libertad del pueblo, y profetas ungidos, en los momentos de necesidad. De manera que la orden divina a los Jueces no comienza con el que encabeza la lista, es decir, con Otoniel, sino que realmente las funciones de los Jueces comienzan con Moisés y Josué. Moisés, en particular, con la emancipación de las tribus de la esclavitud egipcia, sirvió de modelo para todos los jueces posteriores levantados por el Señor:

“Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará el Señor tu Dios; a él oiréis.” (Deuteronomio 18:15).

## **Lección 5:**

El libro de los Jueces describe una época de tronos muy sombríos, con todo tipo de intrigas palaciegas. Se presenta la época anterior a David y Salomón como un período de decadencia y fracasos, atribuidos al pecado del pueblo, al consentir que los pueblos de su entorno introdujeran la adoración de los Baalim y Ashtorot. El resultado fueron una larga serie de grandes derrotas sucesivas.

En la época anterior también hubo pecado, sin duda; pero allí estaban los Jueces como apóstoles enviados por el Señor para corregir, instruir y guiar al pueblo. Esto se desprende claramente del texto de 1º Samuel 12:12, donde Samuel tiene que recordar al pueblo cuál es el origen de sus derrotas y fracasos:

“Me dijisteis: No, sino que ha de reinar sobre nosotros un rey; siendo así que el Señor vuestro Dios era vuestro rey.”

Se refleja el ánimo de aquellos tiempos, cuando habitaron confiados bajo la protección del Altísimo, ya que nadie podía quitarles lo que el Señor les había dado. Pero ahora, después de haber optado por ser como cualquiera de las demás naciones, se hallaban como desnudos, a la intemperie, como desprotegidos y abandonados, si bien el Señor bendito en su gracia y misericordia nunca dejó de ser Dios de Israel para todas las naciones.

Es más que evidente que en ese momento de la historia de Israel, la monarquía materializa todas las tensiones entre la voluntad del hombre y la de Dios. Esa es la fuerza que motiva toda la historia para la enseñanza de las siguientes generaciones, hasta nuestros días. Tengamos muy presente que la nación había sido elegida mucho antes que un rey humano empezara a gobernarla.

Es en este periodo cuando se recopilan los escritos de Moisés y Josué: La Creación, la corrupción de la humanidad, el Diluvio, la dispersión de los constructores de Babel. Esta es la visión universal de Génesis: Desde la Creación hasta la Confusión de las Lenguas. Se nos presenta una humanidad monoteísta. El hombre se rebela y se le castiga. La rebelión llega a su punto culminante con el surgimiento de la idolatría. El hombre se diferencia en nacionalidades, olvida a Dios y se erige dioses de piedra y de madera, pretendidos protectores de los intereses particulares de las naciones y tribus.

Sin embargo, el monoteísmo se conservó entre unos pocos, como los Patriarcas, Melquisedec, y pocos más, que formaron ese remanente que nunca dejó de ser a través de los tiempos.

La llegada de Moisés introduce el tercer periodo: La concesión del monoteísmo a un grupo nacional: Israel, elegido entre todos los pueblos idólatras por la gracia de Dios, a través de Moisés.

Un cuadro histórico tan grande demuestra claramente que se trata de un pueblo que está buscando su lugar en la historia del mundo: Una nación, no una dinastía; no un reino, no una religión organizada.

La época anterior a la monarquía también fue rica en la composición de cantos e himnos de alabanza. En el libro de los Salmos se conservan varios fragmentos de esa época. Uno de ellos es el majestuoso Salmo 29, lleno de figuras muy primitivas, como, por ejemplo, la alusión a la “voz de Dios en la tormenta y el trueno”, que David utilizó para componerlo como lo conocemos hoy. Los Salmos 68, 80 y 83 también corresponden a la época que estamos considerando, y en ellos encuentran los expertos hebraístas algunas referencias y epítetos tomados de las fuentes literarias ancestrales ugaríticas.

La época anterior a la monarquía fue muy creativa. La teocracia duró, pues, unos doscientos años, desde el Éxodo hasta la fundación de la monarquía, entre los años 1230 y 1024 a.C.

Samuel fue el último representante del antiguo orden, el de los Jueces-Profetas. El pueblo reclama un rey con los “inocentes” argumentos de que “defenderá sus derechos, les conducirá y peleará sus guerras”. Samuel se opone al ver que el pueblo quiere tener un monarca sobre sí por su falta de fe en el poder salvador de Dios, además del pésimo testimonio de sus propios hijos, y su error al haberles encomendado puestos de responsabilidad que no les correspondían, sin consultar a Dios. Samuel accede porque el Señor le autoriza a hacerlo, y unge a un monarca para satisfacer los deseos carnales del pueblo.

La monarquía de Israel no surgió por extensión de monarquías tribales anteriores, ni fue resultado de guerras civiles, ni de la dominación de una tribu sobre las demás, sino por la rebeldía del pueblo ante Dios, y el desencadenante fue la corrupción de Jueces ordenados por los hombres, pero carentes de la unción divina.

Sin embargo, el Señor en su misericordia no abandona a su pueblo cuando éste decide seguir la forma de estado de las naciones circunvecinas. Por el contrario, permite que el profeta Samuel unja al rey. De ese modo la monarquía pasa a ser hereditaria de la teocracia de los Jueces. La conexión histórica entre la monarquía y la institución profética es claramente visible. Saúl, el primer rey, es un vidente; David es un poeta ungido por Dios; y Salomón posee un conocimiento supremo:

“Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu del Señor vino sobre David.” (1º Samuel 16:13).

Así lo reconocerá David en sus últimas palabras, recogidas en 2º Samuel 23:2:

“El Espíritu del Señor ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua.”

“Y todo Israel oyó aquel juicio que había dado el rey; y temieron al rey, porque vieron que había en él sabiduría de Dios para juzgar.” (1º Reyes 3:28).

Así es como el reino del Espíritu continúa aún después de la desaparición del reino teocrático de la época de los Jueces, un reino sin rey humano, a la manera de Dios, y no a la de los hombres.

Del siglo de los tres primeros reyes de Israel nos llega una serie de relatos que comprenden el largo texto de 58 capítulos, desde el capítulo 9 de 1º Samuel hasta el capítulo 11 de 1º Reyes. Se nos pintan escenas de valor, gloria, luchas por el poder, pasiones encendidas, intrigas, amores, odios, asesinatos; y todo ello relatado con un realismo que hoy calificaríamos de ingenuo. Todo esto demuestra que el carácter de la monarquía hebrea está fielmente reflejado en estos relatos, donde no aparecen signos de manipulación por parte de la superestructura.

Israel sigue en esta época el camino de los pueblos vecinos, con una forma primaria del estado, con reyes que son popularmente contemplados como sucesores de los dioses o semidioses del pasado, a quienes se atribuía el reinado en los tiempos arcaicos. La propia naturaleza de la monarquía hace que Israel sea “como todas las naciones”, y nosotros no podemos por menos que sonreír ante la ingenuidad de los portavoces del pueblo al dar sus razones y expectativas de la monarquía que desean:

“He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones... y nosotros seremos también como todas las naciones, y nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras.” (1º Samuel 8:5.20).

Comparamos estas palabras de los jefes de los clanes y las familias con la profecía que el Señor da a su pueblo a través de Moisés, muchos años antes, con instrucciones precisas para no caer en los errores de esos pueblos vecinos. Es como si el Señor quisiera, al no impedir la constitución de un monarca, al menos que permaneciera dentro de la voluntad divina, y no se dejara arrastrar por los vicios generalizados de las monarquías de todos los tiempos:

“Cuando hayas entrado en la tierra que el Señor tu Dios te da, y tomes posesión de ella y la habites, y digas: Pondré un rey sobre mí, como todas las naciones que están en mis alrededores; ciertamente pondrás por rey sobre ti al que el Señor tu Dios escogiere; de entre tus hermanos pondrás rey sobre ti; no podrás poner sobre ti a hombre extranjero, que no sea tu hermano. Pero él no aumentará para sí caballos, ni hará volver al pueblo a Egipto con el fin de aumentar caballos; porque el Señor os ha dicho: No volváis nunca por este camino. Ni tomará para sí muchas mujeres, para que su corazón no se desvíe; ni plata ni oro amontonará para sí en abundancia. Y cuando se sienta sobre el trono de su reino, entonces escribirá para sí en un libro una copia de esta ley, del original que está al cuidado de los sacerdotes levitas; y lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor su Dios, para guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos, para ponerlos por obra; para que no se eleve su corazón sobre sus hermanos, ni se aparte del mandamiento a diestra ni a siniestra; a fin de que prolongue sus días en su reino, él y sus hijos, en medio de Israel.” (Deuteronomio 17:14-20).

Desde el punto de vista socio-político, el rey de Israel fue esencialmente idéntico a sus contemporáneos en el resto del Cercano Oriente: Un autócrata absoluto, completamente apartado del ideario dado por el Señor para evitar su corrupción y la de sus súbditos. Es más que evidente, pues, el contraste que hemos visto entre Deuteronomio 17:14-20 y 1º Samuel 8:1-22.

Sólo hay un aspecto en el que puede apreciarse la diferencia entre Israel y las naciones; algo en lo que, a pesar de su corrupción y multitud de pecados, podemos afirmar que ni Israel ni Judá jamás cayeron, al menos carecemos de datos fehacientes, si bien es cierto que, como veremos a continuación, hay corrientes de opinión en sentido adverso. Nos referimos a la divinización del rey.

En las naciones circunvecinas, al monarca se le consideró muy a menudo un ser divino, o cuando menos, una especie de demiurgo poseedor de poderes sobrehumanos. En las tierras de Egipto, Mesopotamia, Asia Menor y Canaán, el rey fue la encarnación suprema del pueblo, del panteón de dioses, y la fuente de vida de sus súbditos. La creencia en la divinidad de los reyes estaba difundida tanto en naciones muy pequeñas y primitivas como en las muy grandes y desarrolladas. La bendición de la tierra, de los cultivos, de los rebaños, del ganado e incluso de los hijos e hijas, provenía del monarca de turno.

A veces la divinización del rey se producía durante su vida, y en otras ocasiones, después de producirse su fallecimiento. De este modo, el ciclo misterioso de la vida y de la muerte quedaba igualmente vinculado a la existencia del monarca. De ahí se desprende que algunos estudiosos piensen que en Israel también llegó a divinizarse al rey en algún determinado momento de su historia, a lo cual, naturalmente, se debieron oponer algunos de los profetas. El texto del libro de Lamentaciones 4:20 pudiera ser, según ciertos estudiosos, un indicio de la existencia de dicha corrupción, y una firme advertencia contra tales aspiraciones por parte de algún “ungido”, referencia que tanto podría corresponder a un monarca como a un profeta o vidente:

“El aliento de nuestras vidas, el ungido del Señor, de quien habíamos dicho: A su sombra tendremos vida entre las naciones, fue apresado en sus lazos.”

Sin embargo, esta actitud pecaminosa no debió de pasar de ser algo particular de algún grupo o estamento muy minoritario, pues nunca aparece la deificación del soberano entre las enumeraciones de pecados de Israel y sus reyes, realizadas por los profetas escriturales. Es verdad que los monarcas ofrecieron sacrificios, e incluso tenemos el caso de quien pretendió realizar funciones sacerdotales, pero carecemos de pruebas respecto a que aspiraran a ser deificados.

A pesar de querer ser como las demás naciones, la monarquía de Israel no siguió el modelo cananita. Nunca fue aristocrática, sino popular; ni siguió el modelo de los estados-ciudades, sino que su ámbito fue nacional. Tampoco los privilegios de los antiguos reyes Jebusitas, de Jerusalem, pasaron a David, sino que los soberanos de Israel fueron los sucesores de los Jueces, con sus funciones civiles y militares, pero sin funciones específicas dentro del culto religioso.

Otra característica importante es el hecho de que el contacto del rey con Dios no provenga de su naturaleza, de su rango o de su procedencia. Recordemos que Saúl era un campesino, y David un pastor de ovejas. Antes bien, es el Espíritu de Dios quien desciende sobre ellos. El rey es un ungido del Señor, no su Hijo. Como ungidos, su relación es de tipo profético, no sacerdotal. Así es como se conservan las raíces proféticas de los jueces en los reyes.

Todos los relatos sobre los tres primeros reyes de Israel (Saúl, David y Salomón), coinciden en un punto importante: Durante su reinado, no hubo idolatría en Israel. El periodo inicial de la monarquía hebrea es de gran creatividad monoteísta. Los libros de los Jueces y Samuel son de esta época. Y sus relatos están claramente enmarcados dentro de una estructura profética: Los acontecimientos que se relatan son el cumplimiento de la Palabra de Dios expresada a través de sus profetas. Y toda la historia relatada es realización de un plan divino.

El Libro de Rut es también de esta época bíblica. Es un idilio sencillo y sumamente exquisito de una joven moabita, llena de amor y lealtad, que se aferra a su suegra israelita Noemí, y vuelve con ella a la tierra de Israel. En esta historia se muestra dramáticamente el sentido de la conversión: Una asimilación completa, étnica, social y religiosa.

De esta época nos llegan los libros de los Salmos y los Proverbios, así como el Cantar de los Cantares y el Eclesiastés. Salomón fue poeta e inventor de parábolas, utilizando temas sobre árboles, animales, insectos y peces, pero sin caer en la fábula de los griegos y los romanos. También fue un hábil descifrador de enigmas. Muchos vinieron de lejos para pedirle consejo. Es el caso de la reina de Sabá, alcanzada por la fama del monarca, como se desprende de 1º Reyes 10:1:

“Oyendo la reina de Sabá la fama que Salomón había alcanzado por el nombre del Señor, vino a probarle con preguntas difíciles.”

El libro de Proverbios contiene algunos ejemplos de la erudición epigramática de Salomón. Se cuenta que muchos extranjeros vinieron para escuchar la sapiencia del rey.

Es en esa época cuando se relaciona la vinculación filial de Israel con David y su dinastía. El Redentor final, el Mesías, el Deseado de las naciones, quien cumplirá el propósito con el que el Señor constituye a Israel, para ser luz a las naciones, surgirá de la descendencia de David. Así, el Mesías será hijo de Dios e hijo de David.

Es David quien conquista Jebus (Jerusalem), una villa limítrofe en el territorio de Judá y con las tribus de José, sin pertenecer a ninguna de ellas, y la reconstruye como “Ciudad de David”, símbolo de la realeza de la dinastía davídica. David es también quien proyecta la construcción de un gran Templo en Jerusalén donde depositar al Arca de la Alianza en lugar fijo y seguro. Pero sería su hijo Salomón quien realizaría este proyecto.

## **Lección 6:**

Los libros de los Reyes fijan el comienzo del proceso de declive y caída de Israel en la época posterior al reinado de Salomón. Fue en sus últimos años cuando el viejo rey fue inducido por sus esposas extranjeras a servir a dioses ajenos.

A causa de este pecado, el reino fue dividido después de su muerte, durante el reinado de su hijo Roboam, quien no escuchó el consejo de los ancianos del pueblo, respecto a no agravar con más impuestos a Israel, sino que siguió el consejo de los jóvenes, aumentando los gravámenes, lo cual provocó la infortunada división del reino en los estados del Norte y del Sur:

“Vino, pues, Jeroboam, y toda la congregación de Israel, y hablaron a Roboam, diciendo: Tu padre agravó nuestro yugo, mas ahora disminuye tú algo de la dura servidumbre de tu padre, y del yugo pesado que puso sobre nosotros, y te serviremos. Y él les dijo: Idos, y de aquí a tres días volved a mí. Y el pueblo se fue. Entonces el rey Roboam pidió consejo de los ancianos que habían estado delante de Salomón su padre cuando vivía, y dijo: ¿Cómo aconsejáis vosotros que responda a este pueblo? Y ellos le hablaron diciendo: Si tú fueres hoy siervo de este pueblo y lo sirvieres, y respondiéndoles buenas palabras les hablases, ellos te servirán para siempre. Pero él dejó el consejo que los ancianos le habían dado, y pidió consejo de los jóvenes que se habían criado con él, y estaban delante de él. Y les dijo: ¿Cómo aconsejáis vosotros que respondamos a este pueblo que me ha hablado diciendo: Disminuye algo del yugo que tu padre puso sobre nosotros? Entonces los jóvenes que se habían criado con él le respondieron diciendo: Así hablarás a este pueblo que te ha dicho estas palabras: Tu padre agravó nuestro yugo, mas tú disminúyenos algo; así les hablarás: El menor dedo de los míos es más grueso que los lomos de mi padre. Ahora, pues, mi padre os cargó de pesado yugo, mas yo añadiré a vuestro yugo; mi padre os castigó con azotes, mas yo os castigaré con escorpiones... Cuando todo el pueblo vio que el rey no les había oído, le respondió estas palabras, diciendo: ¿Qué parte tenemos nosotros con David? No tenemos heredad en el hijo de Isaí. ¡Israel, a tus tiendas! ¡Provee ahora en tu casa, David! Entonces Israel se fue a sus tiendas.” (1º Reyes 12:3-11, 16).

Aquella reacción irresponsable y soberbia, por desatender el consejo de los ancianos del pueblo, supuso algo tan aciago para la historia del pueblo de Israel como la división de los reinos de Israel y Judá.

Jeroboam, hijo de Nebat, rey de las diez tribus septentrionales, trató de disuadir a su pueblo de ir a adorar en el Templo de Jerusalén. Erigió becerros de oro en Dan y en Bet-el. Así fue como el pecado de la adoración en lugares altos, después del santuario central en Jerusalem, continuó durante generaciones, lo que llevó a la caída de los dos reinos de Israel y Judá. Este es un punto de vista historiográfico que se detalla en el capítulo 17 del Segundo Libro de los Reyes, donde hallamos la crónica de la caída de Samaria y el cautiverio de Israel. Ahora sería el momento de leerlo.

No hubo culto nacional pagano en esa época. Sólo algunas desviaciones paganizantes. Los primeros actos de adoración pública de Baal ocurrieron durante el reinado de Ajab, quien es inducido en este sentido por la mujer sidonia de Ajab, Jezabel, de nefasta memoria. Así fue como el culto público dejó su sencillez doméstica para adquirir pompa y boato reales. Ajab

levantó un santuario y un altar sagrado a Baal en Samaria. La reina trajo en su séquito cuatrocientos profetas de Balaam y Ashera. De esta forma pudo celebrarse públicamente el culto a Balaam bajo los auspicios de la corona. Fue algo nuevo, que agitó fuertemente los espíritus del remanente fiel en Israel.

Los profetas fueron quienes iniciaron la lucha contra los Baalim. Así aparecen estos varones santos, enardecidos por la idolatría, y que llegan a dar su vida por la “santificación del Señor”. La reacción de Jezabel fue una intensa persecución a muerte contra todos los voceros del Dios Altísimo.

Durante esa época debió haber un número bastante importante de profetas de carácter anónimo. Por encima de todos ellos destaca la figura de Elías, el profeta solitario, poco refinado, con un cinto de cuero en torno a sus lomos. Elías vive en las cimas de las montañas, y es arrebatado por el Espíritu Santo. Logra despertar el fervor del pueblo, aniquilando a los “profetas” de Baal. Naturalmente, Jezabel le amenaza de muerte, y tiene que huir al desierto, donde la palabra de Dios le alcanza en una maravillosa teofanía en la soledad de la montaña.

Dios le comisiona para ungir un nuevo rey sobre Israel, después de deponer a Ajab, e investir a Eliseo como sucesor suyo, quien completaría la labor que el Señor le había encomendado. Se desencadena una lucha entre la corte y los profetas. Ajab, latinizado “Acad”, no sólo adopta el culto a Baal, sino que también se deja dirigir por la pérfida Jezabel en la forma de gobernar el reino de Israel. En 1º Reyes 21:19 se nos da la profecía sobre la completa exterminación de la casa de Ajab. Lo mismo se augura para Jezabel:

“Así ha dicho el Señor: ¿No mataste, y también has despojado? Y volverás a hablarle, diciendo: Así ha dicho el Señor: En el mismo lugar donde lamieron los perros la sangre de Nabot, los perros lamerán también tu sangre, tu misma sangre.”

El culto a Baal duró del año 850 al 836 a.C. La revolución estalló en el 842: Elías entró a conspirar con Jehú, y le ungió como rey. Seis años más tarde explotaba la revolución en el reino de Judá, con el sacerdote Joiada. En los 100 años siguientes no apareció ningún culto pagano en Judá. Pero en tiempos de Ajaz surgió de nuevo el paganismo idólatrico. Sin embargo, no tuvo formas de actividad tan pública como anteriormente, en tiempos de Jezabel.

Ezequías, hijo de Ajaz, entre los años 719 y 691 limpió el país de los cultos paganos y tomó las primeras medidas para eliminar los lugares altos como centros de adoración, de acuerdo con las exigencias de la Palabra de Dios en Deuteronomio.

Durante el reinado de su hijo Manasés, el paganismo se extendió ampliamente. Manasés fue el “Jezabel” del reino de Judá. Convirtió el Templo de Jerusalén en un auténtico panteón pagano.

Amós, hijo de Manasés, siguió la corriente de su padre, hacia el año 638 a.C. Sus ministros conspiraron contra él y lo mataron, siendo sucedido por su hijo Josías (638-609 a.C.).

Josías realizó una reforma fundamental, erradicando casi por completo los cultos paganos, aboliendo los lugares altos y trayendo los sacerdotes a Jerusalén.

El panorama que hemos presentado demuestra que durante el período del Primer Templo de Jerusalem las manifestaciones del paganismo fueron las mismas del período de los Jueces.

Sin embargo, a pesar de las desviaciones paganas, la mayoría atribuibles a la influencia de las mujeres extranjeras introducidas en la corte, la creatividad monoteísta de Israel continuó.

En esta época se redactaron los Libros de Samuel, las fuentes de los libros de los Reyes, la historia de Jonás, la mayor parte de los Salmos, el libro de Job y la mayor parte del libro de los Proverbios. Pero, sobre todo, fue la época de la actividad de los profetas escriturales.

## **Lección 7:**

En los tiempos de Jeroboam, hijo de Joás, surgió lo que habitualmente denominamos “profecía clásica”. Su surgimiento aconteció casi simultáneamente en los reinos del Norte y del Sur.

Sus primeros representantes fueron Amós, en Judá; y Oseas en el Norte. Su último portavoz fue Malaquías, con quien culmina el canon del Antiguo Testamento.

Los profetas abarcan un periodo aproximado de 300 años, entre el 750 y el 430 a.C. Durante ese tiempo ocurrieron los acontecimientos más decisivos de la época monárquica.

Los profetas fueron quienes anunciaron la caída de los dos reinos; y quienes consolaron y reconfortaron a los exiliados en Babilonia, y animaron la inmensa empresa de la Restauración.

Los profetas padecieron y hasta murieron por realizan la voluntad de Dios. La nación les veneró, hasta el punto de poner sus palabras al lado del antiguo legado sagrado de la Torá (Pentateuco).

El surgimiento de la profecía es coincidente con la realidad de la ruina política, religiosa y social de los dos reinos, y sus constantes y devastadoras guerras. Mientras tanto el pueblo se iba empobreciendo. Unos pocos burócratas y la nobleza laica, con el clero alto, se iban enriqueciendo gracias, precisamente, a la calamidad nacional. En aquellos años, muchos se vieron obligados a vender sus casas y sus tierras. Así se formó un gran contingente de los pobres sin tierra. Se produjeron grandes diferencias sociales. De un lado, una masa de indigentes sin propiedad. De otro, un estrecho círculo de enriquecidos. Además, se produjeron grandes desgracias naturales:

“Os hice estar a diente limpio en todas vuestras ciudades, y hubo falta de pan en todos vuestros pueblos; mas no os volvisteis a mí, dice el Señor. También os detuve la lluvia tres meses antes de la siega; e hice llover sobre una ciudad, y sobre otra no hice llover; sobre una parte llovió, y la parte sobre la cual no llovió, se secó. Y venían dos o tres ciudades a una ciudad para beber agua, y no se saciaban; con todo, no os volvisteis a mí, dice el Señor. Os herí con viento solano y con oruga; la langosta devoró vuestros muchos huertos y vuestras viñas, y vuestros higuerales y vuestros olivares; pero nunca os volvisteis a mí, dice el Señor. Envié contra vosotros mortandad tal como en Egipto; maté a espada a vuestros jóvenes, con cautiverio de vuestros caballos, e hice subir el hedor de vuestros campamentos hasta vuestras narices; mas no os volvisteis a mí, dice el Señor. Os trastorné como cuando Dios trastornó a Sodoma y a Gomorra, y fuisteis como tizón escapado del fuego; mas no os volvisteis a mí, dice el Señor.” (Amós 4, 6-11).

Pero la mayor desgracia fue la desintegración social resultante del abismo entre las clases sociales. Como hemos dicho, por una parte, una masa profundamente empobrecida, y por otra, una clase superior rica y disoluta. La decadencia afectó tanto a Israel como a Judá. Mientras tanto, los profetas fueron apóstoles, en el sentido más estricto del término, es decir, enviados como anteriormente lo habían sido los Jueces.

Lo más sorprendente de la profecía fue la independencia de los profetas. No fueron adivinadores a sueldo, ni videntes al servicio de la corte, sino hombres libres respecto de todo valor material. Así fue como los profetas devolvieron a la profecía el valor y la dignidad de que había gozado en la época de Moisés y Josué. Pero el distintivo por excelencia de la profecía hebrea, respecto a las manifestaciones pretendidamente proféticas de los demás pueblos, fue su ideología.

Los profetas fueron los portavoces de la religión popular frente a los abusos del clero, es decir, de los constituyentes de la religión organizada y templocentrada.

Como era natural, se produjo una radical ruptura entre la profecía y la religión organizada. Probablemente el texto de Oseas 6:6 sea el exponente más claro al respecto:

“Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos.”

Esta brecha ideológica produjo una gran tensión. Las diatribas de los profetas resultaban exageradas y peligrosas para el “status quo”, y el rey, con los enriquecidos y sus funcionarios a sueldo, procedieron en varias ocasiones a perseguir a los profetas. Pero éstos enseñaron que el Dios único y soberano sólo se había dado a conocer a Israel. Las otras naciones solamente adoraban a dioses de madera y piedra. Sin embargo, esto hacía más responsable al pueblo hebreo, por cuanto al recibir más luz, también se le demandaría más responsabilidad. Naturalmente, este planteamiento profético no era bien recibido por parte de la corte y las clases acomodadas.

Los profetas enseñaron que la tierra de Israel era santa, mientras que las demás tierras eran impuras. Pero esto obligaba al pueblo de Dios a vivir en santidad. Por eso Dios no culpaba a las naciones por su idolatría, fruto de su ignorancia supersticiosa, sino fundamentalmente por sus pecados morales.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que en los profetas primó la ética frente a la estética. De ahí que a veces parezca que éstos repudian el culto. Esta es la palabra que el Señor da por medio del profeta Amós:

“Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré a las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quita de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos. Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo.” (Amós 5:21-24).

En términos semejantes nos llega la Palabra de Dios a través del texto del profeta Isaías, dirigida a los príncipes y el pueblo de Judá:

“Príncipes de Sodoma, oíd la palabra del Señor; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿Para qué me sirve, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién demanda esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para hollar mis atrios? No me traigáis más ofrenda vana; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes. Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oíré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpios; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de

hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, dice el Señor, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisiereis y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisiereis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca del Señor lo ha dicho.” (Isaías 1:10-20).

La idea religiosa de los profetas fue revolucionaria: Los profetas literarios, es decir, escriturales, condenan las festividades, el sistema sacrificial, el templocentrismo, y todo el aparato litúrgico, no por ser malo en sí mismo, sino porque falta la justicia y la misericordia. El mensaje profético radica en que Dios no acepta ofrendas y sacrificios religiosos de manos de una sociedad que vive en el pecado horrendo de la explotación de los pobres.

La religión verdadera, según los profetas de todos los tiempos, no consiste en mucho rezar, que diríamos en el lenguaje de nuestra contexto. No es el aparato religioso-litúrgico el que nos garantiza la cercanía de Dios. Ésta radica más bien en la práctica de la piedad y de la bondad para con nuestros hermanos, comenzando por los más débiles, empobrecidos e injusticiados.

Estamos, a pesar de la distancia en el tiempo, ante una teología de liberación, como diríamos hoy, tanto del explotado como del explotador, por cuanto para los profetas el empobrecido es el lugar donde se halla Dios, y donde se halla a Dios. Como decía Monseñor Romero, “La manera como mires al pobre, así es como estás mirando a Dios. Los méritos de cada hombre y de toda una civilización se medirán por el trato que tengamos para el necesitado y para el pobre.”

La buena acción del hombre justo es más agradable a Dios que los sacrificios religiosos del malvado:

“Y Samuel dijo: ¿Se complace el Señor tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras del Señor? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros.” (1º Samuel 15:22).

Recordemos que en el paganismo la vida de los dioses depende del culto, y el sacerdote está encargado de celebrar los misterios de la vida, de la muerte y de la resurrección de ellos. Estas raíces arcaicas pueden muy fácil y sutilmente penetrar en el cristianismo y desvirtuarlo completamente. Las festividades paganas celebran acontecimientos de la vida de los dioses, los sacrificios reafirman su poder y su vitalidad, pero para los profetas hebreos la primacía de la moral y de la ética, frente a la estética, implica, por consiguiente, una revolución en los conceptos religiosos tradicionales, pues priva al culto de todo valor inherente y absoluto, a menos que mantenga correspondencia con la justicia y la misericordia.

Las raíces de este concepto revolucionario se encuentran ya en la Torá, pues ésta quitó ya todo valor trascendente o mágico al culto, transformándolo en un mandamiento, en una expresión de amor y gratitud a Dios, no en una necesidad divina. Así, el culto, propiamente dicho, queda perfectamente revelado como una expresión de reverencia y de homenaje al nombre de Dios, es decir, un memorial de la gracia de Dios y de su Pacto.

Los profetas son quienes nos han legado la enseñanza de la supremacía de los atributos de Dios, pues las manifestaciones de los atributos divinos morales son la expresión misma de la sustancia del Eterno. El Señor exige integridad, justicia y compasión de los hombres por cuanto Él es íntegro, justo y compasivo. Así es como se nos revela el misterio de la

participación del hombre en la Divinidad: El hombre íntegro, justo y compasivo participa en la obra divina, siendo instrumento de esa gracia para con todos los hombres, sus hermanos.

El paganismo aspiró, y sigue aspirando hasta nuestros días bajo diversas formas, a la apoteosis final, tratando de deificar al hombre por medio de los ritos misteriosos del culto. Pero la religión hebrea no tuvo nunca cabida para tal concepción: El hombre no puede llegar a ser Dios ni en la vida ni después de ella, pero puede y debe alcanzar una semejanza divina con sus atributos morales. Su expresión más completa se encuentra en la exhortación divina que hallamos en dos textos, entre muchos otros, uno del Antiguo Testamento y otro en el Nuevo:

“Porque yo soy el Señor vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo; así que no contaminéis vuestras personas con ningún animal que se arrastre sobre la tierra. Porque yo soy el Señor, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: seréis, pues, santos, porque yo soy santo.” (Levítico 11:44-45).

“Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.” (1º Pedro 1:13-16).

## **Lección 8:**

Los profetas de Israel son un fenómeno único en la historia universal. Ellos fueron quienes también revelaron la universalidad de la ley moral, la cual no es sólo para Israel sino para toda la humanidad. Sin embargo, para Israel el pecado por excelencia será el adorar a otros dioses:

“Porque los hijos de Israel pecaron contra el Señor su Dios, que los sacó de tierra de Egipto, de bajo la mano de Faraón rey de Egipto, y temieron a dioses ajenos, y anduvieron en los estatutos de las naciones que el Señor había lanzado de delante de los hijos de Israel, y en los estatutos que hicieron los reyes de Israel. Y los hijos de Israel hicieron secretamente cosas no rectas contra el Señor su Dios, edificándose lugares altos en todas sus ciudades, desde las torres de las atalayas hasta las ciudades fortificadas, y levantaron estatuas e imágenes de Asera en todo collado alto, y debajo de todo árbol frondoso, y quemaron allí incienso en todos los lugares altos, a la manera de las naciones que el Señor había traspuesto de delante de ellos, e hicieron cosas muy malas para provocar a ira al Señor. Y servían a los ídolos, de los cuales el Señor les había dicho: Vosotros no habéis de hacer esto... El Señor, por tanto, se airó en gran manera contra Israel, y los quitó de delante de su rostro; y no quedó sino sólo la tribu de Judá. Mas ni aun Judá guardó los mandamientos del Señor su Dios, sino que anduvieron en los estatutos de Israel, los cuales habían ellos hecho. Y desechó el Señor a toda la descendencia de Israel, y los afligió, y los entregó en manos de saqueadores, hasta echarlos de su presencia.” (2º Reyes 17:7-12, 18-20).

“Destruiré vuestros lugares altos, y derribaré vuestras imágenes, y pondré vuestros cuerpos muertos sobre los cuerpos muertos de vuestros ídolos, y mi alma os abominará.” (Levítico 26:30).

“Cuando hayáis engendrado hijos y nietos, y hayáis envejecido en la tierra, si os corrompiereis e hicieréis escultura o imagen de cualquier cosa, e hicieréis lo malo ante los ojos del Señor vuestro Dios, para enojarlo; yo pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra, que pronto pereceréis totalmente de la tierra hacia la cual pasáis el Jordán para tomar posesión de ella; no estaréis en ella largos días sin que seáis destruidos. Y el Señor os esparcirá entre los pueblos, y quedaréis pocos en número entre las naciones a las cuales os llevará el Señor. Y serviréis allí a dioses hechos de manos de hombres, de madera y piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen.” (Deuteronomio 4:25-28).

“Cuidate de no olvidarte del Señor, que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. Al Señor tu Dios temerás, y a él sólo servirás, y por su nombre jurarás. No andaréis en pos de dioses ajenos, ni de los dioses de los pueblos que están en vuestros contornos; porque el Dios celoso, el Señor tu Dios, en medio de ti está; para que no se inflame el furor del Señor tu Dios contra ti, y te destruya de sobre la tierra.” (Deuteronomio 6:12-15).

Pero el Señor bendito deja abierta la puerta de la gracia divina, es decir, del arrepentimiento:

“Más si desde allí buscares al Señor tu Dios, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma. Cuando estuvieres en angustia, y te alcanzaren todas estas cosas, si en los postreros días te volvieres al Señor tu Dios, y oyeres su voz; porque Dios misericordioso es

el Señor tu Dios; no te dejará, ni te destruirá, ni se olvidará del pacto que les juró a tus padres.” (Deuteronomio 4:29-31).

De ese pecado de infidelidad al Señor se desprende el pecado en su dimensión social, es decir, la corrupción social, la perversión de la justicia, y el despojo de los pobres:

“Así ha dicho el Señor: Por tres pecados de Israel, y por el cuarto. No revocaré su castigo; porque vendieron por dinero al justo, y al pobre por un par de zapatos.” (Amós 2:6).

“Sobre las ropas empeñadas se acuestan junto a cualquier altar; y el vino de los multados beben en la casa de sus dioses.” (Amós 2:8).

“No saben hacer lo recto, dice el Señor, atesorando rapiña y despojo en sus palacios.” (Amós 3:10).

“Duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero; gorjean al son de la flauta, e inventan instrumentos musicales, como David; beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José. Por tanto, ahora irán a la cabeza de los que van a cautividad, y se acercará el duelo de los que se entregan a los placeres.” (Amós 6:4-7).

“Oíd esto, los que explotáis a los menesterosos, y arruináis a los pobres de la tierra, diciendo: ¿Cuándo pasará el mes, y venderemos el trigo; y la semana, y abriremos los graneros del pan, y achicaremos la medida, y subiremos el precio, y falsearemos con engaño la balanza, para comprar los pobres por dinero, y los necesitados por un par de zapatos, y venderemos los desechos del trigo? El Señor juró por la gloria de Jacob: No me olvidará jamás de todas sus obras.” (Amós 8:4-7).

Estas son las razones que Dios da a través de los profetas para el exilio que se va a producir: Cohecho, injusticia, corrupción, medidas falseadas, extorsión de los empobrecidos, debilitados e indefensos, elevación de los precios, y toda una serie de medidas de explotación y especulación, ignorando al Dios Eterno que se dio a conocer ante Israel, concertó con él un pacto moral y religioso, y lo quiso convertir en una nación santa, sometida a su voluntad. Pero un pueblo que corrompe la justicia, que practica la violencia, la ebriedad y otros vicios, no puede pretender ser pueblo de Dios.

Para los profetas, la justicia y la benignidad no son un asunto privado, y, por lo tanto, toda la nación es responsable del estado moral que prevalece en ella. En consecuencia, su juicio no sólo será por la adoración de los ídolos, sino también por sus pecados sociales en el Día del juicio, en el gran día de Dios.

Hallamos exactamente el mismo mensaje en las páginas del Nuevo Testamento:

“¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia.” (Santiago 5:1-6).

Los profetas también dieron una nueva visión escatológica. Llevaron al pueblo a esperar el día de salvación, el gran día de YHWH. La aflicción no cesaría hasta que Israel se arrepintiera de sus pecados, como ya vimos en Amós 4:6-12.

Ahora es cuando entra en escena Asiria. Durante el reinado de Tiglat-Pileser III (745-737 a.C.). Asiria llegó a ser una enorme potencia mundial. Sometió a muchísimos pueblos. Y en el año 734 a.C. conquistó las provincias septentrionales de Israel y deportó a sus habitantes.

Poco después de caer el Norte, también caía Judá (732 a.C.). Durante el reinado de Ezequías (719-691 a.C.) pareció que había llegado el fin, y la completa erradicación de Israel en la historia.

Senajerib (705-681 a.C.) se puso en campaña para conquistar Jerusalén. En el 701 a.C. atacó a Judá y redujo todas las ciudades fortificadas, con la excepción de Jerusalén.

Ezequías pagó tributo a los Asirios, pero no abrió las puertas de la ciudad. Se declaró una plaga en el ejército sitiador asirio, y tuvieron que abandonar el asedio y retirarse.

A pesar de la alegría por la retirada temporal de los enemigos, Isaías anuncia castigos: Las ciudades serán destruidas, la tierra será despoblada:

“Oh Asiria, vara y báculo de mi furor, en su mano he puesto mi mira. Le mandaré contra una nación pérfida, y sobre el pueblo de mi mira le enviaré, para que quite despojos, y arrebate presa, y lo ponga para ser hollado como lodo en las calles.” (Isaías 10:5ss.).

Pero Isaías predice también la promesa del retorno, una vuelta auténtica, completa y permanente a Dios. Isaías anuncia una vuelta escatológica, la terminación del pecado, cuando el terrible imperio del paganismo haya cumplido ya su ciclo. El derrumbamiento de Asiria se anuncia en Isaías 14:24-27:

“El Señor de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado; que quebrantaré al asirio en mi tierra, y en mis montes lo hollaré; y su yugo será apartado de ellos, y su carga será quitada de su hombro. Este es el consejo que está acordado sobre toda la tierra, y esta, la mano extendida sobre todas las naciones. Porque el Señor de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá? Y su mano extendida, ¿quién la hará retroceder?”

Más adelante, el profeta Isaías proclama el final del paganismo en varios textos:

“Porque en aquel día arrojará el hombre sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que para vosotros han hechos vuestras manos pecadoras.” (Isaías 31:7).

“En aquel día mirará el hombre a su Hacedor, y sus ojos contemplarán al Santo de Israel.” (Isaías 17:7).

“Acontecerá también en aquel día, que se tocará con gran trompeta, y vendrán los que habían sido esparcidos en la tierra de Asiria, y los que habían sido desterrados a Egipto, y adorarán al Señor en el monte santo, en Jerusalem.” (Isaías 27:13).

La gloria de la dinastía de David será restaurada; el nuevo reino será justo y pacífico, y su rey será una rama del tronco de Isaí:

“Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces.” (Isaías 11:1).

La visión de Isaías sobre el fin del paganismo está vinculada a la esperanza de la paz universal:

“Porque día del Señor de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido, y será abatido; sobre todos los cedros del Líbano altos y erguidos, y sobre todas las encinas de Basán; sobre todos los montes altos, y sobre todos los collados elevados; sobre toda torre alta, y sobre todo muro fuerte; sobre todas las naves de Tarsis, y sobre todas las pinturas preciadas. La altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y sólo el Señor será exaltado en aquel día. Y quitará totalmente los ídolos. Y se meterán en las cavernas de las peñas y en las aberturas de la tierra, por la presencia temible del Señor, y por el resplandor de su majestad, cuando él se levante para castigar la tierra.” (Isaías 2:12-19).

“Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa del Señor como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del Señor. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y se volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra.” (Isaías 2:2-4).

En esta visión la idolatría aparece como fruto fraudulento de la arrogancia humana, como producto de la aspiración humana de dominar el mundo; en definitiva, de la más vieja mentira que jamás le ha sido contada al hombre: Llegar a ser como Dios:

“Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto, dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente (Satanás) dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él (del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal), serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.” (Génesis 3:2-5).

Sin embargo, la mentira de Satanás quedó expuesta el día en que Adam terminó sus días en esta tierra:

“Fueron los días de Adam después que engendró a Set, ochocientos años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días que vivió Adam novecientos treinta años; y murió.” (Génesis 5:4-5).

Recordemos que los paganos conciben los dioses como la confianza en sí mismos, y que ésta se basa siempre en la supremacía de su propia sabiduría. La divinización de lo que cada hombre produce es, en el fondo, una divinización del propio hombre como hombre-Dios. Esta idolatría está simbolizada en el deseo humano de protegerse con torres, murallas y fortificaciones, de conquistar todas las alturas, de aceptar plata, oro y toda clase de lujos.

“¿No es Calno como Carquemis, Hamat como Arfad, y Samaria como Damasco? Como halló mi mano los reinos de los ídolos, siendo sus imágenes más que las de Jerusalem y de Samaria; como hice a Samaria y a sus ídolos, ¿no haré también así a Jerusalem y a sus ídolos? Pero acontecerá que después que el Señor haya acabado toda su obra en el monte de Sión y en Jerusalem, castigará el fruto de la soberbia del corazón del rey de Asiria, y la gloria de la altivez de sus ojos. Porque dijo: Con el poder de mi mano lo he hecho, y con mi sabiduría, porque he sido prudente; quité los territorios de los pueblos, y saqueé sus tesoros, y derribé como valientes a los que estaban sentados; y halló mi mano como nido las riquezas

de los pueblos; y como se recogen los huevos abandonados, así me apoderé yo de toda la tierra; y no hubo quien moviese ala, ni abriese boca y graznase... Por mano de tus siervos has vituperado al Señor, y dijiste: Con la multitud de mis carros subiré a las alturas de los montes, a las laderas del Líbano; cortaré sus altos cedros, sus cipreses escogidos; llegaré hasta sus más elevadas cumbres, al bosque de sus feraces campos.” (Isaías 10:9-14; 37:24).

Por eso, el fin de la idolatría es también el fin de todos los males morales, del dominio de la violencia y de la guerra. Cuando todas las naciones reconozcan al Dios de Israel para todos los pueblos y para todas las tribus, y vengan a reunirse en la montaña de su morada, habrá llegado la época de la paz universal anhelada por los humildes de todos los tiempos.

Israel, según la visión del profeta Isaías, no existe para sí; no es un fin en sí mismo, sino un medio divino para la realización de los propósitos de Dios. Isaías devuelve el universalismo a la religión israelita, tal y como había sido expresado en la Torá y en los primeros profetas del Señor: El Dios de Israel es el creador de cuanto existe, el único sustentador de la creación. Y a pesar de que se dio a conocer solamente ante Israel, reina sobre todas las naciones, por más que éstas le ignoren y adoren imágenes de madera y piedra en su lugar.

La idolatría es, pues, herencia de las naciones. De ahí que Moisés advierta al pueblo del peligro que se va a cernir sobre ellos después de su asentamiento, cuando hayan alcanzado estabilidad y prosperidad:

“No sea que alces tus ojos al cielo, y viendo el sol y la luna y las estrellas, y todo el ejército del cielo, seas impulsado, y te inclines a ellos y les sirvas; porque el Señor tu Dios los ha concedido a todos los pueblos debajo de todos los cielos. Pero a vosotros el Señor os tomó, y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que seáis el pueblo de su heredad como en este día.” (Deuteronomio 4:19-20).

Los profetas proclaman que al final de los tiempos Dios se dará a conocer ante todas las naciones, pueblos y tribus, tal como se hizo presente ante Israel. Esto se desprende claramente del intenso diálogo que el Eterno mantiene con Israel, y que nos llega de la pluma del profeta Isaías, en el cual resulta evidente que el Mesías Jesús va a encarnar al Dios de Israel y al Israel de Dios:

“Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra.” (Isaías 49:6).

“Yo el Señor te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones.” (Isaías 42:6).

Es evidente que Isaías, como todo profeta, fue un soñador. El creyó que el colapso de los ejércitos asirios sobre los montes de Israel sería el final de los tiempos y que aquello marcaría el advenimiento de la paz universal dentro del marco histórico de sus días. Pero su sueño no se realizó en el tiempo en que él pensaba que acontecería. Cuando Asiría se derrumbó más tarde, cedió el lugar a otro imperio pagano. Y realmente, desde entonces, podemos trazar la historia como una secuencia de levantamientos y caídas de muchos imperios.

Sin embargo, el valor de la visión de Isaías no depende de su marco histórico. Aquí conviene que tengamos bien presente que la significación de las profecías bíblicas, --y la de Isaías no es excepcional-- trasciende su situación histórica particular. El significado trascendente es

que el hombre sólo puede experimentar la redención cuando vence a la "idolatría", tal como Isaías lo comprende: La auto-divinización, la confianza del hombre en sus propias creaciones --su tecnología, por ejemplo--, en las altas torres (las "babeles" de todos los tiempos) o en las naves de Tarsis; en su avaricia, en sus impulsos violentos o en sus ansias de dominación a cualquier precio.

La redención de la humanidad radica en el triunfo de lo que "Jerusalem" representa sobre lo que "Babilonia" significa. Y el triunfo de Jerusalem es el triunfo de Jesús de Nazaret, Mesías de Israel y Deseado de todas las naciones, sobre todos los imperios del pecado. Ese es el sentido de las palabras de nuestro Señor Jesucristo a aquella mujer samaritana, cuando le afirmó "que la salvación viene de los judíos". (Juan 4:22b).

Isaías nos ha legado una visión de la redención que tiene validez eterna. No en vano su libro ha sido llamado "Quinto Evangelio"

## **Lección 9:**

En el año 622 a.C., Josías limpió el Templo de Jerusalén, que Manases, hijo de Senajerib, había convertido en un templo pagano, haciendo también asesinar a todos cuantos se le habían resistido.

Manases había conseguido la paz frente a los asirios al precio de someterse al paganismo de los extranjeros. La causa inmediata de la reforma de Josías fue el descubrimiento del libro de la Torá en el Templo.

Probablemente se trataba del libro de Deuteronomio, donde Josías pudo conocer las palabras del Señor sobre el culto centralizado y la prohibición de la adoración en los lugares altos.

Josías acabó con ello, y trasladó a los sacerdotes a Jerusalén. También reunió al pueblo en el Templo de Jerusalén, y leyó el libro recién encontrado, haciendo que todos los presentes juraran un pacto y se comprometieran a realizar los mandamientos contenidos en él. Es el largo pasaje que hallamos en 2º Reyes 22:1-23:3.

Josías fue el único rey que hizo un pacto con Dios y el pueblo sobre la base del libro de la Torá. Así fue como la Santa Ley de Dios adquirió fuerza como ley estatal, y no sólo un ideal de características religioso-morales.

Josías hizo del libro descubierto en el Templo la ley para todo el país. El libro hallado en tiempos de este monarca fue la primera cristalización de la Torá, y el rey Josías le dio vigencia constitucional. Más tarde, en tiempos de Esdras y Nehemías, el proceso se completó con la canonización de toda la Torá. De modo que así fue como el acto de Josías preparó el camino del judaísmo contemporáneo al Segundo Templo, que descansó sobre la Ley del Señor.

La reforma del rey Josías estuvo acompañada por la esperanza de la salvación divina y la finalización de la dominación pagana. Cuando se produjo el colapso de Asiria ante el ataque conjunto de babilonios, medos y las tribus bárbaras, (recordemos que Nínive cayó en el año 612 a.C.), el profeta Nahum celebró el acontecimiento como preanuncio de la redención de toda la humanidad:

“He aquí sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas (“Evangelio”), del que anuncia la paz. Celebra, oh Judá, tus fiestas, cumple tus votos; porque nunca más volverá a pasar por ti el malvado; pereció del todo.” (Nahum 1:15).

Sin embargo, un nuevo imperio ocupó el lugar de Asiria. Josías, el rey justo, fue muerto en el 609 a.C., en un encuentro con el Faraón Neco, cuando éste marchaba contra el rey de Babilonia:

“Los demás hechos de Josías, y todo lo que hizo, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? En aquellos días el Faraón Neco rey de Egipto subió contra el rey de Asiria al río Eufrates, y salió contra él el rey Josías; pero aquél, así que le vio, lo mató en Meguido. Y sus siervos lo pusieron en un carro, y lo trajeron muerto de Meguido a

Jerusalem, y lo sepultaron en un sepulcro. Entonces el pueblo de la tierra tomó a Joacaz hijo de Josías, y lo ungieron y lo pusieron por rey en lugar de su padre.” (2º Reyes 23:28-30).

En la lucha por la herencia asiría, Babilonia salió victoriosa. En el año 605 a.C., Nabucodonosor derrotó al Faraón Neco, y se estableció firmemente en el centro del imperio.

El profeta Habacuc mira horrorizado el surgimiento de esa “cruel y presurosa nación”, que se pone en marcha “para poseer las moradas ajenas”. El reino de Judá se encontró bajo el poder del puño Babilónico. La reforma de Josías ya se había olvidado. Frecuentemente, la fe y el recuerdo van juntos; de ahí la insistencia en las Escrituras con que el Señor pide a su pueblo que recuerde, que haga memoria. El pueblo, o el individuo, que olvida la fidelidad del Señor, pronto caerá en la infidelidad.

Vemos en esta época que resurgen los cultos paganos, quizá porque no todos se habían convertido “con todo el corazón y toda el alma”. Los restos de la adoración idolátrica vuelven a hacer acto de presencia, especialmente el culto a la reina del cielo. La descripción que se nos da en estos textos de las Sagradas Escrituras nos hacen pensar en la fuerte mariolatría de España y otras tierras bajo la influencia del sistema romano-papista:

“¿No ves lo que éstos hacen en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalem? Los hijos recogen la leña, los padres encienden el fuego, y las mujeres amasan la masa, para hacer tortas a la reina del cielo y para hacer ofrendas a dioses ajenos, para provocarme a ira. ¿Me provocarán ellos a ira? Dice el Señor. ¿No obran más bien ellos mismos su propia confusión? Por tanto, así ha dicho el Señor Eterno: He aquí que mi furor y mi ira se derramarán sobre este lugar, sobre los hombres, sobre los animales, sobre los árboles del campo y sobre los frutos de la tierra; se encenderán, y no se apagarán.” (Jeremías 7:17-20).

“La palabra que nos has hablado en el nombre del Señor, no la oiremos de ti; sino que ciertamente pondremos por obra toda palabra que ha salido de nuestra boca, para ofrecer incienso a la reina del cielo, derramándole libaciones, como hemos hecho nosotros y nuestros padres, nuestros reyes y nuestros príncipes, en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalem, y tuvimos abundancia de pan, y estuvimos alegres, y no vimos mal alguno. Mas desde que dejamos de ofrecer incienso a la reina del cielo y de derramarle libaciones, nos falta todo, y a espada y de hambre somos consumidos. Y cuando ofrecimos incienso a la reina del cielo, y le derramamos libaciones, ¿acaso le hicimos nosotras tortas para tributarle culto, y le derramamos libaciones, sin consentimiento de nuestros maridos?... Así ha hablado el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, diciendo: Vosotros y vuestras mujeres hablasteis con vuestras bocas, y con vuestras manos lo ejecutasteis, diciendo: Cumpliremos efectivamente nuestros votos que hicimos, de ofrecer incienso a la reina del cielo y derramarle libaciones.” (Jeremías 44:16-19, 25).

El juicio de Dios no se deja esperar: “He aquí yo velo sobre ellos para mal, y no para bien; y todos los hombres de Judá que están en tierra de Egipto serán consumidos a espada y de hambre, hasta que perezcan del todo.... Y esto tendréis por señal, dice el Señor, de que en este lugar os castigo; para que sepáis que de cierto permanecerán mis palabras para mal sobre vosotros.” (Jeremías 44:27, 29).

Vamos a ver la descripción que hace Jeremías de la sociedad en la que vive:

“He aquí, vosotros confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. Hurtando, matando, adulterando, jurando en falso, e incensando a Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis.” (Jeremías 7:9).

“Hicieron que su lengua lanzara mentira como un arco, y no se fortalecieron para la verdad en la tierra; porque de mal en mal procedieron, y me han desconocido, dice el Señor.” (Jeremías 9:3).

“Porque los hijos de Judá han hecho lo malo ante mis ojos, dice el Señor; pusieron sus abominaciones en la casa sobre la cual fue invocado mi nombre, amancillándola. Y han edificado los lugares altos de Tofet, que está en valle del hijo de Hinom, para quemar al fuego a sus hijos y a sus hijas, cosa que yo no les mandé, ni subió en mi corazón. Por tanto, he aquí vendrán días, ha dicho el Señor, en que no se diga más Tofet, ni valle del hijo de Hinom, sino Valle de la Matanza; y serán enterrados en Tofet, por no haber lugar. Y serán los cuerpos muertos de este pueblo para comida de las aves del cielo y de las bestias de la tierra; y no habrá quien las espante. Y haré cesar de las ciudades de Judá, y de las calles de Jerusalem, la voz de gozo y la voz de alegría, la voz del esposo y la voz de la esposa; porque la tierra será desolada.” (Jeremías 7:30-34).

“Dirás, pues: Oíd palabra del Señor, oh reyes de Judá, y moradores de Jerusalem. Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo traigo mal sobre este lugar, tal que a todo el que lo oyere, le retiñan los oídos. Porque me dejaron, y enajenaron este lugar, y ofrecieron en él incienso a dioses ajenos, los cuales no habían conocido ellos, ni sus padres, ni los reyes de Judá; y llenaron este lugar de sangre de inocentes. Y edificaron lugares altos a Baal, para quemar con fuego a sus hijos en holocaustos al mismo Baal; cosa que no les mandé, ni hablé, ni me vino al pensamiento. (Jeremías 19:3-5).

Jeremías ofendió al pueblo con sus advertencias de destrucción. Ellos afirmaron que eran inmerecidas. El pueblo no creyó que Dios entregaría a Jerusalén y al Templo en manos del enemigo. Jeremías atacó firmemente la pasividad y tranquilidad del pueblo. Enseñó valientemente que ningún acto de culto, ningún sacrificio o ayuno pueden contrabalancear la corrupción moral. La adoración de los malvados es una profanación del Nombre del Señor. Así fue y es como el pueblo llega a transformar la Casa del Señor en una cueva de ladrones. Por eso Dios tendrá que destruir su Templo:

“¿Por qué has profetizado en nombre del Señor, diciendo: Esta casa será como Silo, y esta ciudad será asolada hasta no quedar morador? Y todo el pueblo se juntó contra Jeremías en la casa del Señor.” (Jeremías 26:9).

La reacción de pedir cuentas al profeta, exigiéndole que justifique sus palabras, cuando éste proclama un mensaje que no quieren recibir los corazones del pueblo de Dios, es una experiencia muy dolorosa, pero tristemente vivida por todo vocero de Dios en el curso de los tiempos.

La profecía de Jeremías es piedra de tropiezo, al igual que escandalizan las palabras de nuestro Señor Jesucristo. De hecho, este será uno de los argumentos tergiversados que se emplearán contra nuestro Redentor en la farsa de su juicio:

Dice Jesús: “Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí.” (Mateo 12:6).

“Cuando Jesús salió del templo y se iba, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo. Respondiendo él, les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.” (Mateo 24:1-2).

“Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos (entiéndase “las autoridades judías”): En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas Jesús hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de entre

los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho.” (Juan 2:19-22).

“Y los principales sacerdotes y los ancianos y todo el concilio, buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte, y no lo hallaron, aunque muchos testigos falsos se presentaban. Pero al fin vinieron dos testigos falsos, que dijeron: Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo.” (Mateo 26:59-61).

Los sacerdotes y el pueblo quieren matar a Jeremías, pero éste se salva por la intervención de Ahicám, hijo de Safán. El curso de la historia confirmó las advertencias del profeta Jeremías. Cuando Nabucodonosor ocupó el Trono, Jeremías profetizó que Dios lo colocaría sobre todas las naciones, y que la que no se sometiera sería destruida a espada, por el hambre y las plagas:

“Y ahora yo he puesto todas estas tierras en mano de Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo, y aun las bestias del campo le he dado para que le sirvan. Y todas las naciones le servirán a él, a su hijo, y al hijo de su hijo, hasta que venga también el tiempo de su misma tierra, y la reduzcan a servidumbre muchas naciones y grandes reyes. Y a la nación y al reino que no sirviere a Nabucodonosor rey de Babilonia, y que no pusiera su cuello debajo del yugo del rey de Babilonia, castigaré a tal nación con espada y con hambre y con pestilencia, dice el Señor, hasta que la acabe yo por su mano. Y vosotros no prestéis oído a vuestros profetas, ni a vuestros adivinos, ni a vuestros soñadores, ni a vuestros agoreros, ni a vuestros encantadores, que os hablan diciendo: No serviréis al rey de Babilonia. Porque ellos os profetizan mentira, para haceros alejar de vuestra tierra, y para que yo os arroje y perezcáis. Mas a la nación que sometiere su cuello al yugo del rey de Babilonia, y le sirviere, la dejaré en su tierra, dice el Señor, y la labrará y morará en ella... No los oigáis; servid al rey de Babilonia y vivid; ¿por qué ha de ser desolada esta ciudad?” ( Jeremías 27:6-11, 17).

En los días del rey Joacím (608-598 a.C.), Jeremías profetiza que el rey de Babilonia vendrá y destruirá el país. Joacim trata de matar a Jeremías y a su secretario, Baruc, pero éstos consiguen escapar. Entonces se produce una revuelta nacional y Nabucodonosor sitia Jerusalén. El rey de Judea muere durante el sitio de la ciudad, y su hijo Jeconías, que asume el trono en el año 597 a.C., se somete y abre la ciudad.

Nabucodonosor se lleva los tesoros del Templo y del palacio, y deporta al rey y varios miles de personas, todas ellas pertenecientes a las clases altas de la sociedad.

Los profetas cortesanos proclaman el inminente retorno de los deportados con los tesoros nacionales, y la caída inminente también de Babilonia. Pero Jeremías refuta estas falsas profecías. Hasta el Tesoro remanente será llevado a Babilonia:

“También a los sacerdotes y a todo este pueblo hablé diciendo: Así ha dicho el Señor: No oigáis las palabras de vuestros profetas que os profetizan diciendo: He aquí que los utensilios de la casa del Señor volverán de Babilonia ahora pronto; porque os profetizan mentira.” (Jeremías 27: 16).

Jeremías escribe una epístola a los deportados a Babilonia, en la que les advierte que su exilio será largo. Es un extenso texto que cubre el capítulo 29 del libro de Jeremías.

Durante el reinado de Sedequías (597-586 a.C.), Jeremías exige la sumisión bajo el poder de Babilonia, pero el rey y los príncipes le ignoran.

En el año 588 a.C., noveno de su reinado, Sedequías se rebela y comienza una lucha desesperada. La contienda duró tres años, hasta que el hambre hizo ceder a los defensores.

En el 586 a.C., cae Jerusalén, Sedequías es hecho cautivo, el Templo se destruye por el fuego, y Judea tiene que emprender el camino del exilio. Jeremías sabía que mientras no hubiera arrepentimiento sería inútil resistir. De hecho, Nabucodonosor sólo fue el brazo ejecutor de la voluntad de Dios, a quien el Señor llama “mi siervo”, es decir, el instrumento del castigo divino, como hemos visto en Jeremías 27:6.

El pueblo no puede recibir la ayuda de Dios por no haberse arrepentido de todo corazón. Pero Jeremías no fue solamente un profeta catastrofista, anunciador del desastre nacional, sino también el que profetiza un límite de setenta años a la duración del imperio pagano. Al término de los setenta años Jeremías prevé una gran guerra de todas las naciones entre sí:

“Porque así me dijo el Señor, Dios de Israel: Toma de mi mano la copa del vino de este furor, y da a beber de él a todas las naciones a las cuales yo te envío. Y beberán, y temblarán y enloquecerán, a causa de la espada que yo envío entre ellas. Y tomé la copa de la mano del Señor, y di a beber a todas las naciones, a las cuales me envió el Señor: a Jerusalem, a las ciudades de Judá y a sus reyes, y a sus príncipes, para ponerlos en ruinas, en escarnio y en burla y en maldición, como hasta hoy.; a Faraón rey de Egipto, a sus siervos, a sus príncipes, y a todo su pueblo; y a toda la mezcla de naciones, a todos los reyes de la tierra de Uz, y a todos los reyes de la tierra de Filistea, a Escalón, a Gaza, a Ecrón y al remanente de Asdod; a Edom, a Moab y a los hijos de Amón; a todos los reyes de Tiro, a todos los reyes de Sidón, a los reyes de las costas que están de este lado del mar; a Dedán, a Tema y a Buz; y a todos los que se rapan las sienes; a todos los reyes de Arabia, a todos los reyes de los pueblos mezclados que habitan en el desierto; a todos los reyes de Zimri, a todos los reyes de Elam, a todos los reyes de Media; a todos los reyes del norte, los de cerca y los de lejos, los unos con los otros, y a todos los reinos del mundo que están sobre la faz de la tierra; y el rey de Babilonia beberá después de ellos... Porque he aquí que a la ciudad en la cual es invocado mi nombre yo comienzo a hacer mal; ¿y vosotros seréis absueltos? No seréis absueltos; porque espada traigo sobre todos los moradores de la tierra, dice el Señor de los ejércitos... Llegará el estruendo hasta el fin de la tierra, porque el Señor tiene juicio contra las naciones; él es el juez de toda carne; entregará los impíos a espada, dice el Señor... Y yacerán los muertos del Señor en aquel día desde un extremo de la tierra hasta el otro; no se endecharán ni se recogerán ni serán enterrados; como estiércol quedarán sobre la faz de la tierra.” (Jeremías 25:15-26, 29, 31, 33).

Entonces perecerá el paganismo. Judá e Israel regresarán a su tierra, y “correrá el bien del Señor, al pan, y al vino, y al aceite, y al ganado de las ovejas y de vacas.” (Jeremías 31:11 ss).

Jeremías anuncia que entonces pasará toda tristeza y toda aflicción. Sión será reconocida como la ciudad sagrada, y reinará un descendiente de David:

“Así ha dicho el Señor: Si pudierais invalidar mi pacto con el día y mi pacto con la noche, de tal manera que no haya día ni noche a su tiempo, podrá también invalidarse mi pacto con mi siervo David, para que deje de tener hijo que reine sobre su trono, y mi pacto con los levitas y sacerdotes, mis ministros. Como no puede ser contado el ejército del cielo, ni la arena del mar se puede medir, así multiplicaré la descendencia de David mi siervo, y los levitas que me sirven. Vino palabra del Señor a Jeremías, diciendo: ¿No has echado de ver lo que habla este pueblo, diciendo: Dos familias que el Señor escogiera ha desechado? Y han tenido en poco a mi pueblo, hasta no tenerlo más por nación. Así ha dicho el Señor: Si no permanece mi pacto con el día y la noche, si yo no he puesto las leyes del cielo y la tierra, también

desecharé la descendencia de Jacob, y de David mi siervo, para no tomar de su descendencia quien sea señor sobre la posteridad de Abraham, de Isaac y de Jacob. Porque haré volver sus cautivos, y tendré de ellos misericordia.” (Jeremías 33:20-26).

Entonces Dios hará un nuevo pacto con Israel. Jeremías recibe uno de los grandes mensajes universalistas:

“Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Señor; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.” (Jeremías 31:33-34).

“Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí. Y me alegraré con ellos haciéndoles bien, y los plantaré en esta tierra en verdad, de todo mi corazón y de toda mi alma.” (Jeremías 32:40-41).

El fin vendrá cuando los hombres se den cuenta de que los dioses hechos por los hombres sencilla y llanamente no son dioses, sino espantajos de melonar, y tan necios como quienes los hicieron:

“Oh Señor, fortaleza mía y fuerza mía, y refugio mío en el tiempo de la aflicción, a ti vendrán naciones desde los extremos de la tierra, y dirán: Ciertamente mentira poseyeron nuestros padres, vanidad, y no hay en ellos provecho. ¿Hará acaso el hombre dioses para sí? Mas ellos no son dioses. Por tanto, he aquí les enseñaré esta vez, les haré conocer mi mano y mi poder, y sabrán que mi nombre es YHVH” (Jeremías 16:19-21).

Sorprendentemente, incluso los malos vecinos de Israel recibirán las bendiciones del Señor:

“Así dijo el Señor contra todos mis malos vecinos, que tocan la heredad que hice poseer a mi pueblo Israel: He aquí que yo los arrancaré de su tierra, y arrancaré de en medio de ellos a la casa de Judá. Y después que los haya arrancado, volveré y tendré misericordia de ellos, y los haré volver a cada uno a su heredad y cada cual a su tierra. Y si cuidadosamente aprendieron los caminos de mi pueblo, para jurar en mi nombre, diciendo: Vive el Señor, así como enseñaron a mi pueblo a jurar por Baal, ellos serán prosperados en medio de mi pueblo. Mas si no oyeren, arrancaré esa nación, sacándola de raíz y destruyéndola, dice el Señor.” (Jeremías 12:14-17).

Jeremías polemiza también en contra de la idolatría, al estilo del Deutero-Isaías, y parece que su carta aramea a los exiliados tiene la intención de dar a conocer a las naciones su profecía sobre el fin de la idolatría:

“Les diréis así: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos. El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría; a su voz produce muchedumbre de aguas en el cielo, y hace subir las nubes de lo postrero de la tierra; hace los relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus depósitos. Todo hombre se embrutece, y le falta ciencia; se avergüenza de su ídolo todo fundidor, porque mentirosa es su obra de fundición, y no hay espíritu en ella. Vanidad son, obra vana; al tiempo de su castigo perecerán. No es así la porción de Jacob; porque él es el Hacedor de todo, e Israel es la vara de su heredad; YHVH de los ejércitos es su nombre.” (Jeremías 10:11-16).

Este dato nos muestra que Jeremías fue el primero que llevó la lucha contra la idolatría al propio territorio de ésta.

## **Lección 10:**

El exilio conmovió los fundamentos nacionales y territoriales de la cultura y la religión israelitas. El pueblo judío siempre se ha expresado en términos de, no sólo un exilio del pueblo propiamente dicho, sino también una diáspora de la Shejiná, es decir, de la gloria o resplandor de la presencia Divina.

Israel y su fe se vieron entonces ante una gran prueba. Por muy universalista que fuese la religiosidad israelita, se había formado y desarrollado dentro de un marco nacional.

El triángulo constituido por un pueblo, una tierra y una lengua, no permite que al violentar uno de sus elementos no se vean afectados los otros dos. La tierra de Israel había sido su esfera territorial. La caída puso fin a todas aquellas cosas.

Se planteó entonces una cuestión crucial: ¿Podría sobrevivir la religión israelita a la destrucción de sus fundamentos? ¿Sería capaz de subsistir en tierras extrañas o tomaría el camino de las otras religiones nacionales?

El final del exilio babilónico puso en claro que el pueblo y la religión soportaron bien la prueba. Así fue como empezó a revelar su significación universal.

En primer lugar, demostró su capacidad de conservar a Israel como un conjunto nacional-religioso identificable, a pesar de carecer de bases nacionales y territoriales. Israel demostró su capacidad para conservar su fuerza interior intacta.

Si bien aquella diáspora asimiló gradualmente la cultura extranjera, no por ello aceptó la religión pagana. Medio siglo después del exilio los deportados seguían resueltos a volver a la tierra de sus padres. Este es un fenómeno que no tiene parangón en la historia universal.

¿Cómo se explica esta fuerza? La historia sugiere una respuesta: Las naciones entre las cuales vivieron los judíos sufrieron grandes transformaciones religiosas: Abandonaron sus religiones paganas y adoptaron el monoteísmo. La prueba del exilio demostró que ni siquiera la disolución nacional podía eliminar este desnivel e integrar a Israel dentro de la comunidad religiosa de los otros pueblos, a pesar de haber sido sus vencedores.

Podemos decir, por tanto, que fue el carácter monoteísta del pueblo hebreo lo que impidió su asimilación y absorción. Ningún tipo de asimilación cultural pudo lograr que los israelitas creyeran en las divinidades paganas. Los judíos siempre quedaron religiosa y nacionalmente diferenciados:

“Y no ha de ser lo que habéis pensado. Porque vosotros decís: Seamos como las naciones, como las demás familias de la tierra, que sirven al palo y a la piedra. Vivo yo, dice el Señor Eterno, que con mano fuerte y brazo extendido, y enojo derramado, he de reinar sobre vosotros.; y os sacaré de entre los pueblos, y os reuniré de las tierras en que estáis esparcidos, con mano fuerte y brazo extendido, y enojo derramado; y os traeré al desierto de los pueblos, y allí litigaré con vosotros cara a cara. Como litigué con vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así litigaré con vosotros, dice el Señor. Os haré pasar bajo la vara, y os haré entrar en los vínculos del pacto, y apartaré de entre vosotros a los rebeldes, y

a los que se rebelaron contra mí; de la tierra de sus peregrinaciones los sacaré, mas a la tierra de Israel no entrarán; y sabréis que yo soy el Señor.” (Ezequiel 20:32-38).

Así empieza el judaísmo, frente a la religión veterotestamentaria y templocéntrica. De ahí la razón por la que el pensamiento saduceo, estrechamente vinculado al templo y al sacerdocio, desaparecerá casi por completo, mientras que la corriente farisaica, centrada en las Sagradas Escrituras y en la sinagoga, como casa comunitaria de oración y estudio, sobrevivirá y constituirá la base y continuidad del judaísmo hasta nuestros días.

Hacia finales del Exilio se escriben los últimos capítulos del libro del profeta Isaías. Éste revela que Israel es el Siervo Sufriente de YHVH. De ahí que haya sido maltratado por las naciones, entre las cuales se ha dispersado. Pero también lo es el Mesías, el siervo sufriente, que encarna al Dios de Israel y al Israel de Dios.

Israel será gloriosamente redimido cuanto la santidad del Señor se revele a todas las naciones. La religión de Israel surgirá triunfante sobre el paganismo, de tal manera, que la redención será nacional para Israel y espiritual para el resto de la humanidad. Jerusalén se convertirá en la ciudad santa de todos los hombres, y el siervo de Yavé será exaltado y glorificado, y lo será ante todas las miradas, y será exaltado por su aportación a todos los pueblos: Luz para revelación a los gentiles y gloria del pueblo de Israel.

En esta época aparecen los primeros prosélitos en número considerable:

“Y el extranjero que sigue al Señor no hable diciendo: Me apartará totalmente el Señor de su pueblo. Ni diga el eunuco: He aquí yo soy árbol seco. Porque así dijo el Señor: A los eunucos que guarden mis días de reposo, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá. Y a los hijos de los extranjeros que sigan al Señor para servirle, y que amen el nombre del YHVH para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.” (Isaías 56:3-7).

Los que abrazaron al Dios de Israel en el pasado lo hicieron por vivir en la tierra de Israel. Ahora, son extranjeros quienes se vinculan a las comunidades hebreas en el exilio. Ahora bien, los conversos no estaban seguros de su “status”, pero el profeta les asegura que en la reunión de los dispersos de Israel, Dios los llevará a su monte santo y los recreará en su Templo.

El contingente de adherentes a la fe de Israel se había transformado a comienzos de la Era Común, es decir, lo que generalmente denominamos “después de Cristo”, en una poderosa corriente de prosélitos y de “temerosos de Dios”. Éstos eran conocidos en la época que nos ocupa por el sobrenombre de “prosélitos de la puerta”, lo que significaba que se acercaban a la fe de Israel, sin entrar a formar parte oficialmente del pueblo hebreo. Cuando formalmente abrazaban la fe, con todas sus obligaciones y privilegios, comprendida la circuncisión entre los varones, eran denominados “prosélitos de justicia”. El mensaje del Evangelio se arraigó especialmente entre estos prosélitos.

Pero, volvamos al tiempo relatado por el profeta Isaías en los últimos capítulos de su libro. Durante la diáspora no se erigieron altares, ni se construyeron templos, ni se ofrecieron sacrificios. El pueblo consideraba las tierras extranjeras como “suelo impuro”, y los cantores del Templo de Sión hasta se negaban a cantar los cantos del Señor en tierra extraña:

“Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aun llorábamos, acordándonos de Sión. Sobre los sauces en medio de ella colgamos nuestras arpas. Y los que nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: Cantadnos algunos de los cánticos de Sión. ¿Cómo cantaremos cántico del Señor en tierra de extraños? (Salmo 137:4).

Sabemos solamente de un templo construido por una comunidad hebrea durante el largo período de este exilio: El de la ciudad de Elefantina, erigido por una tropa de mercenarios judíos en el sur de Egipto.

Durante el período del exilio no podía haber ningún lugar sagrado, aparte de Jerusalén, ni ningún templo legítimo, aparte del que yacía en ruinas en Sión. Por eso no se podían ofrecer sacrificios a Dios. En medio de la impureza de los países paganos no podía haber ningún culto con sentido tradicional:

“Si me olvidare de ti, oh Jerusalem, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciere a Jerusalem como preferente asunto de mi alegría.” (Salmo 137:5-6).

Así fue como se empezó a formar un nuevo culto en el exilio, un culto sin sacrificio con derramamiento de sangre, que comprendía los ayunos tradicionales, en memoria de los desastres nacionales previos a la caída, la confesión de pecados y las oraciones tres veces al día, en conmemoración de los tres sacrificios en el templo de Jerusalem: El de la mañana, el de la tarde y el de la noche. Así se extiende la sinagoga, que había comenzado a desarrollarse en tiempos de Esdras y Nehemías; es decir, el culto sin derramamiento de sangre, en el que las oraciones ocupan el lugar de los sacrificios del Templo. Se puede decir que el judaísmo y la sinagoga son correlativos.

El tercer elemento característico fue el Shabat: Una sublime institución religioso-moral que no tenía paralelo en el mundo pagano. Una “isla en el tiempo”, como la denominó Abraham Joshua Heschel. Por su propia naturaleza, el Shabat no estaba enraizado en el culto del Templo, y, por lo tanto, su observancia fue posible también en el exilio. La nueva modalidad de adoración fue superior al culto de los sacrificios, pero el pueblo siempre conservó la esperanza de poder renovar un día el ritual sagrado del Templo de Jerusalem.

El anhelo de Sión es el tema principal del profeta Isaías en la segunda parte de su libro. Y el fruto de este anhelo fue la Restauración, que se cumplió en tiempos del rey Ciro. En el año 539 a.C., se derrumbó el Imperio neo-babilónico. Ciro el Persa, que conquistó Babilonia y fundó el Imperio Persa, al año siguiente emitió un decreto que permitió el retorno de los judíos a Jerusalem y la reconstrucción del Templo.

Un número considerable de comunidades israelitas aprovecharon la oportunidad para volver y se establecieron en la pequeña provincia persa de Judá, que estaba constituida casi exclusivamente por Jerusalem y sus alrededores. Sobre esto seguiremos en nuestro próximo estudio.

## **Lección 11:**

Zorobabel, hijo de Shatiel—de la dinastía davídica—y Josué, hijo del sacerdote Josadac, fueron quienes dirigieron a las comunidades exiliadas que aprovecharon la oportunidad para volver y establecerse en Judea. Pero los enemigos de Judá y de Benjamín interfirieron en la reconstrucción del Templo y la postergaron durante varios años. Así, los trabajos de construcción se terminaron en el año 516 a.C., reiniciándose el culto completo.

El pueblo habitó otra vez en su tierra, y así pudo florecer de nuevo la cultura nacional. Sin embargo, no se cumplieron las esperanzas políticas de la nación: La dinastía davídica no fue restaurada, y la mayor parte del pueblo se quedó en la diáspora. Los muros de Jerusalem permanecieron ruinosos hasta el año 445 a.C., cuando Nehemías los reparó.

El pueblo reimplantó el culto legítimo en la tierra santa y en la ciudad elegida, y demostró así su lealtad a Dios y sus deseos de reconciliarse con su Señor. Esperaron así que como recompensa Dios fuera misericordioso y les permitiera volver a su antigua vida nacional. Este fue el fondo mesiánico de la Restauración.

Aproximadamente un siglo después del retorno bajo Zorobabel, en la época de Esdras y Nehemías, se produjo un acontecimiento de enorme importancia: Se fijó y se canonizó la Torá. Detrás de esta empresa podemos detectar también el motivo de poner fin a las relaciones de convivencia de pecado, explotación y abuso de autoridad. Sólo podría producirse un auténtico arrepentimiento cuando Israel fundara su vida personal y nacional sobre la Torá de Dios.

Se compilaron los antiguos rollos para darles una consolidación integral. Esdras y Nehemías continuaron, pues, lo iniciado por el rey Josías respecto al libro de Deuteronomio, pero de forma mucho más amplia. Esdras, el sacerdote-escriva, volvió de Babilonia en el año 457 a.C., y trajo consigo una colección de escritos de la Torá que representaba la tradición sacerdotal de los exiliados babilónicos. El trabajo de recopilación duró unos tres años. Y durante ese tiempo Esdras formó una especie de cuerpo de expositores o predicadores para instruir al pueblo en los preceptos de la Santa Ley de Dios.

En el día de Año Nuevo del año 444 a.C., se leyó la Torá completa en Jerusalem, desde una plataforma de madera. Esdras pronuncia una bendición a la cual los congregados responden: “Amén”. La lectura duró seis horas, mientras los intérpretes explicaban las palabras difíciles y traducían al arameo, la lengua popular. El capítulo octavo del libro de Nehemías nos aporta un espléndido relato de aquella magna ocasión, la cual culminó con la celebración de la fiesta de “Sucot”, “Tabernáculos”:

“Y toda la congregación que volvió de la cautividad hizo tabernáculos, y en tabernáculos habitó; porque desde los días de Josué hijo de Nun hasta aquel día, no habían hecho así los hijos de Israel. Y hubo alegría muy grande. Y leyó Esdras en el libro de la ley de Dios cada día, desde el primer día hasta el último; e hicieron la fiesta solemne por siete días, y el octavo día fue de solemne asamblea, según el rito.” (Nehemías 8:17-18).

A este primer estrato de escritos sagrados se agregaron luego otros dos: El “Midrash” y el “Tárgum”. El “Midrash”, literalmente: “repetición”, es decir, la interpretación de la Torá escrita

mediante una exégesis creativa, para que la interpretación de las Escrituras cubra todos los aspectos de la vida; y el "Tárgum", es decir, la traducción o paráfrasis al arameo, el dialecto caldeo hablado o entendido por la mayoría del pueblo. Así los sabios estudiosos de la Torá se convirtieron en los nuevos maestros del pueblo que reemplazaron a los sacerdotes.

Después de la lectura pública de la Torá en aquel día de Año Nuevo, se convoca una gran asamblea para concertar un nuevo pacto con el pueblo sobre la observancia de la Torá. Al mismo tiempo aquella asamblea redactó un acuerdo firme en el que enumeraron una lista de observancias auto-impuestas que pertenecían a la categoría de la Ley Oral.

El pueblo se comprometió a observar la Torá de acuerdo con las interpretaciones de los sabios de la época. De este modo, tanto la Torá escrita como la oral empezaron a ejercer, simultáneamente, su influencia sobre la vida del pueblo. Esto es lo que se relata en los capítulos 8, 9 y 10 del libro del profeta Isaías.

Este fue uno de los momentos más decisivos en la historia del pueblo de Israel. La religión israelita se mantuvo fértil y creativa durante todo el período del Segundo Templo. El judaísmo de esta época llegó a un universalismo nunca alcanzado en el periodo anterior al Exilio. El culto se volvió más refinado. En las sinagogas fue mucho más que un simple sustituto de los sacrificios del Templo. Fue una creación verdaderamente original, por cuanto el núcleo del servicio dejó de ser el sacrificio con derramamiento de sangre y los demás rituales, pasando a ser un soliloquio del corazón y de la palabra en los labios del adorador y del orante. La lectura pública de las Sagradas Escrituras y de los profetas fue igualmente un elemento importante.

Durante este período postexílico, los himnos antiguos se juntaron en esa única colección que conocemos como el Libro de los Salmos, y que se empezó a usar en el culto. La oración, que había venido siendo espontánea, se fijó de forma litúrgica; es decir, adaptada a los diversos momentos y épocas del año, adquiriendo carácter obligatorio.

El nuevo culto del período postexílico fue independiente, lógicamente, de todo lugar sagrado. Se podía ejecutar en todas partes, dentro y fuera de los límites de la tierra de Israel. La esencia universalista de la fe de Israel se vio reforzada por la cristalización de la Torá en unas Escrituras canónicas. El vehículo por el que el hombre se pone en contacto con lo Divino es el Libro. La palabra divina se hace accesible en la palabra escrita. Históricamente, se trataba de una literatura nacional que, propiamente, pertenecía a un solo pueblo, pero la religión israelita logró un camino universalista, de expresión perfectamente delimitada. Ahora ya podía ser adoptada por cualquier pueblo. Hasta podía ser separada de Israel, y la historia demuestra que, de hecho, tal separación efectivamente ocurrió.

Los samaritanos --un conglomerado étnico de elementos israelitas y foráneos-- adoptaron la Torá de Israel, y comenzaron a relacionar sus orígenes con la tribu de José. También pretendieron poseer la tradición "correcta" de Israel, rebajando todos los escritos del Antiguo Testamento a la dignidad de meros comentarios del Pentateuco.

Hacia fines del siglo V y comienzos de VI a.C., la profecía clásica llegó a su término con Malaquías. Sin embargo, la actividad profética no se interrumpió por completo. Durante el período de los Hasmoneos (142-76 a.C.) surgió de nuevo una literatura de visión profética, pero en una forma nueva: No hay ya profetas que se presenten ante el pueblo en el nombre de Dios.

Los profetas de esa época son anónimos o pseudonímicos, es decir, escribieron sus obras atribuyendo su autoría a personajes del pasado. De toda esa literatura sólo fue aceptado en

el canon de las Sagradas Escrituras el libro apocalíptico de Daniel. Todos los demás se quedaron fuera: Enoc etiópico, Enoc eslovénico, Jubileos, El testamento de los Doce Patriarcas, Baruj, El Cuarto Ezra, etc. Esta literatura ha seguido siendo foco de sectas y grupos paraeclesiales, como hemos visto recientemente en el caso del “Evangelio de Judas”.

En esta literatura, y particularmente en el libro de Daniel, aparecen por primera vez los ángeles con personalidades determinadas, papeles o labores prefijadas y con nombres propios: Gabriel, Miguel. Durante este período se desarrolla la figura del redentor mesiánico. La imagen del Mesías se desdobra: Es a la vez humano y celestial: Es el Hijo de David que restablecerá la teocracia, es decir, el gobierno divino, pero, al mismo tiempo, será el “Hijo del Hombre”, el ser sobrenatural que juzgará a los ángeles caídos, que vencerá a Satanás, y establecerá el Reino de Dios en la tierra.

## **Lección 12:**

Sobre este trasfondo se realizó un cambio radical en la concepción de la relación del hombre con Dios. Es en esta época cuando se cristaliza la fe en la resurrección y el mundo por venir. Uno de los textos más significativamente claros es el que hallamos en el libro del profeta Daniel:

“Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.” (Daniel 12:2).

Durante el periodo Hasmoneo, entre los años 142 y 76 a.C., abundaron las tendencias sincretistas, especialmente durante el período helenista. Sin embargo, a pesar de la fuerte infiltración de las culturas particulares, Israel no fue desviado del núcleo de su fe. Así, por ejemplo, el reino apocalíptico de Satanás nunca se concibió como un reino independiente, al estilo de Abirimán, el dios persa del mal, y de las concepciones de todos los pueblos circunvecinos e invasores al respecto.

En la concepción israelita nunca se abrió paso el dualismo característico de las otras culturas religiosas. Para Israel, el reino satánico nunca fue nada más que el ámbito del pecado; es decir, de la rebelión contra Dios.

Del mismo modo, la concepción de los ángeles tampoco fue expresión de dualismo, sino que sirvió siempre para subrayar la majestad de lo divino.

Las preguntas fundamentales de la época son: ¿Por qué se encuentra Israel bajo dominación? ¿Hasta cuándo dominará el paganismo? ¿Dónde estaban las antiguas bendiciones prometidas por la Torá y por los profetas del Altísimo? ¿Cuándo se produciría la reunión de todos los dispersos en la tierra bendita de Israel?

La época postexílica es también el momento más claramente proselitista para Israel. El converso de las épocas anteriores fue el extranjero, el gentil, que se estableció en la tierra de Israel, y que, al asimilar gradualmente la cultura y la religión de los hebreos, terminó adorando al Dios de Israel. Pero el nuevo proselitismo, que como hemos visto se había iniciado ya durante los años terribles del exilio, ahora era puramente religioso. Y con el paso del tiempo, llegaría a desarrollar los medios ceremoniales y legales para que se igualara al extranjero con el natural de Israel.

Este interés de parte del Señor, inequívocamente universalista, se desprende de algunas leyes y preceptos dados desde el principio. Veamos algunos ejemplos:

“Y al extranjero no engañarás ni angustiarás, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto.” (Éxodo 22:21).

“Y no angustiarás al extranjero; porque vosotros sabéis cómo es el alma del extranjero, ya que extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto.” (Éxodo 23:9).

“Y no rebuscarás tu viña, ni recogerás el fruto caído de tu viña; para el pobre y para el extranjero lo dejarás. Yo el Señor vuestro Dios.” (Levítico 19:10).

“Cuando segareis la mies de vuestra tierra, no segaréis hasta el último rincón de ella, ni espigarás tu siega; para el pobre y para el extranjero la dejarás. Yo el Señor vuestro Dios.” (Levítico 23:22).

“Cuando el extranjero morare con vosotros en vuestra tierra, no le oprimiréis. Como a un natural de vosotros tendréis al extranjero que more entre vosotros, y lo amarás como a ti mismo; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto. Yo el Señor vuestro Dios.” (Levítico 19:33-34).

“Porque el Señor vuestro Dios es Dios de dioses, y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni toma cohecho; que hace justicia al huérfano y a la viuda; que ama también al extranjero dándole pan y vestido. Amaréis, pues, al extranjero; porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto.” (Deuteronomio 10:17-19).

“No torcerás el derecho del extranjero ni del huérfano, ni tomarás en prenda la ropa de la viuda.” (Deuteronomio 24:17).

“Una misma ley y un mismo decreto tendréis, vosotros y el extranjero que con vosotros mora.” (Números 15:16).

“YHVH guarda a los extranjeros; al huérfano y a la viuda sostiene, y el camino de los impíos trastorna.” (Salmo 146:9).

Todos estos preceptos del Señor para su pueblo Israel son realmente insólitos cuando los comparamos con la legislación de los pueblos del entorno del pueblo hebreo de aquella remota época, e incluso cuando pensamos en las leyes de extranjería de nuestros días y de nuestra propia nación. Pero lo más sorprendente del caso es que el Señor, mediante estas medidas igualitarias, está preparando el camino para revelar lo que Él mismo describe en la Escritura como “el misterio de los siglos”.

Según se desprende de las enseñanzas del apóstol Pablo, en el capítulo 11 de la Epístola a los Romanos, los planes del Dios de Israel para todas las naciones, pueblos y tribus, son injertar a los gentiles en el buen olivo de Israel mediante la raíz santa, que es el Mesías y Deseado de todas las naciones, Jesucristo el Señor:

“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será su pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.” (Romanos 11:25-27).

“Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén.” (Romanos 16:25-27).

Pero retrocedamos hasta la época que estudiamos, los días postexílicos. El proselitismo fue una innovación específicamente judía. No tiene paralelo en el mundo antiguo, donde se entiende que cada pueblo y cada tierra tiene sus dioses. En el proselitismo postexílico logra

su expresión final la esencia universalista de la religión israelita, y los símbolos nacionales de esa fe se transformaron en símbolos supranacionales.

Durante el mismo período en que se consolidaba el edificio del judaísmo, llegaba a su culminación la cultura griega, es decir, la máxima expresión de la civilización politeísta. Los dos mundos --el griego y el judío-- permanecieron separados: El judaísmo encarnó la idea de la revelación divina, de la profecía y del espíritu. Es decir, la máxima aspiración de Israel es amoldar la existencia conforme a los preceptos inspirados en las "mitsvot", es decir, en los mandamientos del Señor.

La cultura griega, por el contrario, se distingue por su idea de la razón humanista: Pretendió perfeccionar un sistema del pensamiento, una visión cósmica basada en una conciencia racional; creyó en el poder de redención del intelecto, creyó en la ciencia y en la filosofía, y estimó que la razón era capaz de mostrarle al hombre su senda de la vida y de la virtud, convirtiendo al hombre en la medida de todas las cosas.

En la época de Alejandro Magno, de Macedonia, el iluminismo griego empezó a difundirse entre muchas naciones, a través de los griegos y de los macedonios que vivían en las regiones bajo el dominio helenista, encontrando entre las clases acomodadas de los pueblos a sus primeros adeptos.

En el transcurso del tiempo, el helenismo conquistó también Roma, y de ese modo alcanzó un dominio universal. Al mismo tiempo, el judaísmo fue la herencia de un pueblo disperso, exiliado y sometido. El reinado de los Hasmoneos fue un mero episodio efímero. Roma le preparó un rápido fin, y venció a la resistencia judía.

En esta época, el corazón de muchos hombres fue seducido por el mensaje del Dios único, soberano y superior al destino ciego; del Dios cuya sagrada voluntad, fuente de las obligaciones morales del hombre, gobierna sobre todas las cosas. El espíritu humano fue elevado por el mensaje de su libertad moral y por el mandato divino de elegir el camino a seguir. El mensaje del Dios creativo y caritativo triunfó sobre la filosofía moral de la razón.

La lucha contra el paganismo fue al mismo tiempo una lucha contra la edificación idólatra de la razón; contra la creencia de que el conocimiento racional es capaz de salvar al hombre. No es la fuerza del intelecto, sino la bondad moral la que salvará al hombre. Y puesto que el hombre es capaz de elegir la bondad, las llaves de la redención están en sus manos.

¿Podemos decir que la advertencia contra la adoración idolátrica de la razón se ha vuelto menos reveladora en nuestros días? Los acontecimientos de nuestra época muestran que la exigencia profética de un vuelco de los corazones continúa vigente. Si el "pathos" profético ya no nos conmueve, si se apagó la luz de la visión de Isaías, debemos preguntarnos: ¿Hay todavía esperanza para el hombre?

Recordemos las palabras de nuestro Señor Jesucristo: "Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?" (Lucas 18:8).

## **Lección 13:**

Sabemos muy poco del Templo que los judíos erigieron después de su regreso a Jerusalén, tras su cautividad, hacia el año 520 a.C. Cuando se habla del Templo reconstruido se suele hacer denominándolo “Segundo Templo” o “Templo de Zorobabel”, descendiente de David. Se comenzó su reconstrucción hacia el año 537 a.C., y se terminó en el 516 a.C.

“Entonces Tatnai gobernador del otro lado del río, y Setar-boznai y sus compañeros, hicieron puntualmente según el rey Darío había ordenado. Y los ancianos de los judíos edificaban y prosperaban, conforme a la profecía del profeta Hageo y de Zacarías hijo de Iddo. Edificaron, pues, y terminaron, por orden del Dios de Israel, y por mandato de Ciro, de Darío, y de Artajerjes rey de Persia. Esta casa fue terminada el tercer día del mes de Adar, que era el sexto año del reinado del rey Darío.” (Esdras 6:13-15).

Tenemos muy poca información acerca de las formas de gobierno en Judea a partir de la restauración. Sabemos que Nehemías era gobernador nombrado por los persas. Esdras tenía autoridad, pero no era oficialmente gobernador. Parece que el gobierno se trasmitió a los sumos sacerdotes y que este cargo llegó a ser privilegio de un reducido número de familias ricas y acomodadas; en definitiva, una nobleza laica y sacerdotal. Junto a ellos, la organización de maestros religiosos constituía una academia central cuyos dirigentes gozaban de gran autoridad y reconocimiento.

En el siglo III antes de Cristo, Judea fue empujada de nuevo al escenario político. En el año 332 a.C., Alejandro Magno atravesó Judea en su camino hacia Egipto. Hay muchos relatos del encuentro de Alejandro el Grande con el Sumo Sacerdote de Israel. No sabemos cuál de ellos responde a la verdad histórica de los hechos, pero lo importante es que dejó en paz a los judíos.

La extensión de la lengua y la cultura griegas, por medio de las conquistas del emperador, y que conocemos como “helenismo”, es el acontecimiento histórico más importante de la época que estamos considerando.

Cuando Alejandro murió, en el año 323 a.C., sus generales dividieron su imperio entre sí. El territorio de Judea fue asignado a los Ptolomeos, dinastía que en aquellos momentos gobernaba en la tierra de Egipto. Mediante aquella distribución de poder territorial Judea vivió en paz durante un siglo más.

En el curso de aquel lapso de tiempo, las clases acomodadas se dejaron penetrar por las formas de vida helenistas, mientras que las masas populares siguieron siendo leales a las costumbres hebreas, conforme a la obra emprendida por Esdras.

Hacia finales del siglo III a.C., los gobernantes sirios comenzaron a lanzar miradas codiciosas desde su frontera austral, lo que representaba una seria amenaza para la pequeña provincia autónoma de Judea.

Antíoco el Grande (223-167 a.C.) derrotó a Ptolomeo V (203-181 a.C.) en dos batallas (años 200 y 198 a.C.), pero entonces una nueva potencia, Roma, extendió su mano para evitar que Antíoco aprovechara plenamente su victoria. Roma llevaba ya un siglo extendiendo su

imperio hacia el este. Antíoco se retiró y pagó a los romanos una fuerte indemnización con el fin de conservar su trono. El dinero lo consiguió saqueando palacios y templos. Entre ellos el de Jerusalén, ciudad que estaba bajo su dominio después de haber derrotado a Ptolomeo. El partido helenizado de los judíos le dio la bienvenida, pero el pueblo nunca le recibió con agrado.

A ello siguió medio siglo de intranquilidad, hasta que Antíoco Epifanes IV

(175-163 a.C.) llegó a la conclusión de que la única manera de tener verdadera paz consistiría en suprimir totalmente la espiritualidad judía, imponiendo un molde socio-cultural-religioso helénico y uniforme para todos sus súbditos.

Las familias de los sumos sacerdotes estaban corrompidas y, por lo tanto, aceptaron gustosamente la uniformidad del molde helenista paganizado. El Templo de Jerusalén fue mancillado por sacrificios de cerdos a Zeus y Júpiter. Muchos judíos se atemorizaron y sometieron al pagano invasor. Sin embargo, cuando los funcionarios de Antíoco Epifanes llegaron a la pequeña aldea de Modín para realizar el sacrificio de un cerdo a Zeus, el sacerdote local, que se llama a Matatías, nieto de Hasmón, mató al oficial sirio, y al grito de guerra, dijo: "El que tenga celo por la Torá, y mantenga el pacto de Dios, que me siga". Matatías y sus cinco hijos varones escaparon a las montañas y reunieron hombres y armas para atacar a los sirios. Esto ocurría en el año 167 a.C. Matatías siguió aquella lucha, pero murió al año siguiente. El mando de la guerrilla recayó en su hijo Judas, apodado "Macabeo", literalmente "martillador". De ahí que sus guerrilleros recibieran el apodo de "Macabeos".

Lo más interesante de este momento histórico del pueblo Israel es el hecho de que la revolución macabea fuera realizada por motivos puramente religiosos, pero no por parte de los sacerdotes, de quienes la mayoría se habían helenizado, y vivieron colaborando con los sirios, sino del pueblo sencillo y llano.

Muchos judíos fueron asesinados por no doblegarse al paganismo, por ser fieles al Señor en la observancia del Shabat; por no comer cosas impuras ni participar en el culto idolátrico, es decir, por la santificación del Nombre del Señor.

El libro de los Macabeos nos da una descripción tremenda del valor y del heroísmo de muchos israelitas en aquellos días. En el capítulo séptimo del Segundo Libro de los Macabeos se relata el martirio de siete hermanos por no desobedecer la Santa Ley de Dios. Son particularmente impresionantes las palabras de la madre de estos siete jóvenes muchachos, y que hallamos en los versículos 20 y siguientes:

"La madre fue extraordinariamente admirable y digna de buen recuerdo, ya que viendo morir a sus siete hijos en el término de un día, lo soportaba animosamente gracias a la esperanza del Señor. A cada uno de ellos les exhortaba en la lengua de sus padres, llena de noble resolución, y estimulando su mente femenina con coraje varonil, les decía: "Yo no sé cómo aparecisteis en mi seno, yo no os di ni el aliento ni la vida, ni puse yo orden en la disposición de los elementos de cada uno. Por eso, el Creador del mundo, que ha dado forma al origen del hombre y ha planificado el origen de todas las cosas os volverá a dar con misericordia el aliento y la vida, puesto que ahora no os cuidáis de vosotros a causa de sus Leyes... Hijo, ten misericordia de mí que te he llevado en el vientre nueve meses, te he amantado durante tres años, te he educado y guiado hasta la edad que tienes, y te he dado el alimento. Te suplico, hijo, que, mirando al cielo y a la tierra, y viendo todo lo que hay en ellos, sepas que Dios no los ha hecho de seres existentes, y que lo mismo ocurre en la raza de los hombres. No temas a este verdugo, sino que, haciéndote digno de tus hermanos, acepta la muerte, para que en la misericordia te recupere con tus hermanos..."

Las operaciones de guerrilla contra los sirios fueron un magnífico éxito. Judas Macabeo logró expulsar a los invasores de Antíoco Epifanes, y en el mes de Diciembre del año 164 a.C., logró purificar y reinaugurar el Templo de Jerusalén, que había sido profanado por los paganos. Así fue como se instituyó la fiesta de “Janucá”, conocida también por “Dedicación”, que se celebraba en el pueblo de Israel hasta el día de hoy.

Cuando los Macabeos prevalecieron contra Antíoco Epifanes IV, hicieron un registro en el Templo y encontraron, en un recoveco de la pared, solamente un frasco de aceite que yacía intacto y no contaminado, con el sello del Sumo Sacerdote. Contenía aceite para alumbrar todo un día, pero no el tiempo suficiente para preparar más aceite para la luz perpetua, siguiendo las instrucciones de la Ley. Fue entonces cuando sucedió un milagro con aquella pequeña porción: Encendieron el candelabro con aquel óleo, y ardió durante ocho días, suficiente tiempo para que pudiera confeccionarse el aceite preciso, y se pudiera purificar todo el Templo de Jerusalén.

Un año más tarde, se designó la fiesta de “Janucá”, tal como se describe en el tratado talmúdico Shabat (21.b.). Se comienza a celebrar la festividad en el 25 de Kislev, mes del calendario hebreo que va de mediados de Noviembre a mediados de Diciembre, aproximadamente, lo que suele hacer que la celebración de “Janucá” coincida casi todos los años con nuestra Navidad.

Se acostumbra a que en la primera noche se encienda una vela en la “Januquía”, candelabro de ocho brazos y nueve luces, comenzando por la primera por la derecha, para alumbrar la casa, y cada noche se añade el encendido de otra vela, hasta que en la última noche se encienden las velas de los ocho brazos del candelero.

La vela de servicio, denominada en hebreo “asmas”, “testigo”, se sostiene y se bendice al Señor:

“BARUJ ATÁ, ADONAI, ELOHEINU, MÉLEJ HaOLAM, ASHER KIDSHANU BEMITZVOTAV VETZIVANU LEHADLIK NER SHEL JANUCÁ”.

(“Bendito eres Tú, Señor, nuestro Dios. Rey del Universo, que nos has santificado con tus preceptos y nos has ordenado encender las luminarias de Janucá”).

“...HaOLAM, SHEASÁ NISIM LAAVOTEINU BAYAMIM HAHAM BAZEMÁN HAZÉ”.

“.....Rey del mundo, que hiciste milagros a nuestros antepasados en aquellos días, en este aniversario”.

“..HaOLAM, SHEHEJEIANU VEKIYMANU VEHIGUIÁNU LAZMÁN HAZÉ.”

“....Rey del mundo, que nos has otorgado vida y subsistencia y nos has permitido llegar hasta la presente ocasión.”

Se suele recitar también el Salmo 30, así como el “Hallel”, es decir, los Salmos del 113 al 118. Y también se recita la oración conocida en hebreo como “Havdalá”, la cual reza así:

“Para el pueblo de Dios fue luz, alegría, gozo y regocijo. Vaso de salvación alzaré y en nombre del Eterno invocaré. Ruego, oh Eterno, sálvanos. Ruego, oh Eterno, escápanos. Haznos prosperar, haz prosperar nuestro camino, haz prosperar nuestro destino, haz prosperar nuestro estudio, y envíanos la bendición, la ganancia, la prosperidad, en todos los trabajos de nuestras manos, como está escrito. “Reciba la bendición del Eterno y la dádiva

del Dios de su salvación”. Y sembró Isaac en aquella tierra; y encontró en aquel año cien ciudades, y lo bendijo el Eterno”. Así nos bendiga. Y está escrito: Y David prosperaba en todos sus caminos porque el Eterno estaba con él”. “Así lo esté con vosotros para siempre.”

## **Lección 14:**

En el año 164 a.C., Judas Macabeo logró purificar el Templo, y, como dijimos, se instauró un año después la fiesta de “Janucá”. Al año siguiente murió el rey Antíoco Epifanes IV. Un período de luchas internas fue debilitando el poder de Siria. La lucha continuó. En el año 160 a.C., Judas Macabeo cayó muerto en batalla, pero su hermano Jonathán se hizo cargo del mando, y siguió con grandes éxitos en su campaña de guerra de guerrillas.

La paz se alcanzó definitivamente en el año 157 a.C., con un pretendiente sirio. Éste le concedió a Jonathán la posición de reyezuelo dentro del dominio siríaco, con la titulación de “Etnarca”. El último de los sumos sacerdotales helenizados había fallecido en el 154 a.C. En el 152, Jonathán, aunque no descendía de las familias sacerdotales, recibió el título de sumo sacerdote de manos de los sirios, junto con un aumento territorial a expensas del territorio de Samaria.

Jonathán fue asesinado en el 143 a.C., y le sucedió su hermano Simeón. Éste asumió los títulos de Sumo Sacerdote y Conductor del Pueblo. En el año 141 a.C. logró que una asamblea nacional le confirmara ambos títulos. Así fue como logró que la dignidad de Sumo Sacerdote, sin respeto a las demandas divinas, le fuera otorgada con carácter hereditario para su familia.

Simeón agregó al territorio nacional gran parte de la llanura marítima, así como el puerto de Jafa. Simeón fue asesinado en el año 134 a.C., junto con dos de sus hijos. El sucesor fue el tercero de sus hijos, Juan Hircano. Reinó entre el 134 y el 104 a.C., con el título de Hircano I. Conservó los títulos de Sumo Sacerdote y Etnarca, y dedicó los 30 años de su mandato a extender el territorio nacional.

En el año 128 a.C., Siria renunció a su derecho de soberanía sobre el territorio de Judea, y dejó a Hircano en libertad de satisfacer su insaciable ambición de expansión territorial. Con ayuda de un ejército de mercenarios, conquistó y destruyó Samaria y su Templo en el monte Gerizín. Se anexionó el territorio de Idumea, al sur de Judea, hizo circuncidar a todos los varones, y les obligó a abrazar el judaísmo.

Los fariseos, que habían apoyado a los Hasmoneos, fueron dejando de hacerlo, en la medida en que ellos aumentaban su infrenable ambición de poder. Uno de los hijos de Hircano, Aristóbulo, subió al trono tras la muerte de su padre, y continuó sus conquistas, apoderándose del territorio de la Galilea. Aristóbulo asumió el título de “rey”, dejando el de “Etnarca”. Murió antes de cumplir un año de mandato. Y su viuda, Salomé Alejandra, libertó a su hermano Alejandro Janai de la prisión en que Aristóbulo le había confinado, se casó con él y lo convirtió en Sumo Sacerdote y rey.

El reinado de Janai duró tanto como el de su padre, entre el 103 y el 76 a.C. Mediante continuas guerras fue extendiendo sus fronteras hasta alcanzar casi los límites de los tiempos de David y Salomón. Su conducta pendenciera e irreligiosa causó mucha inestabilidad en los territorios bajo su poder.

Los Hasmoneos habían llegado al poder en una ola de fervor religioso, pero ahora el pueblo veía el sacerdocio en manos de uno tan indigno como aquellos sacerdotes helenizantes

contra quienes se habían levantado en los días de Matatías. Sus principales enemigos fueron los árabes nabateos del este del Jordán, y dentro de la nación lo fueron los fariseos.

Antes de morir, Janai aconsejó a su esposa que hiciera las paces con los fariseos. Así, Salomé Alejandra reinó diez años, entre el 76 y el 67 a.C., conservando la paz en el interior y en el exterior de sus fronteras.

Entre tanto, su hijo mayor ejerció el cargo de Sumo Sacerdote, bajo la designación de Hircano II.

Al morir Salomé Alejandra, su hijo menor, más enérgico, Aristóbulo, inició una guerra civil contra su hermano Hircano. Siguió un periodo de gran confusión. A Hircano le apoyó el hijo del gobernador de Idumea, nombrado por su abuelo Hircano I. Este personaje, llamado Antípater, fue muy sagaz y ambicioso.

Roma volvió entonces a entrar de nuevo en la escena conquistando Siria. Los Hasmoneos se consideraban amigos de los romanos, pero ahora, estando Siria en manos de Roma, los romanos no tenían interés en alentar las ambiciones de Judea.

Pompeyo, general romano, pasó el invierno del 64-63 a.C., en Siria, y Antípater le puso en conocimiento de la rivalidad existente. Pompeyo se pronunció a favor de Hircano, pero sólo le concedió los títulos de Sumo Sacerdote y Etnarca. El título de gobernador de Judea se lo confirió a Antípater.

Entre tanto, Aristóbulo siguió causando disturbios hasta el año 49 a.C., en que murió envenenado. Su hijo, Antígono, continuó la rebelión, pero los romanos lo ejecutaron en el año 37 a.C. por haberse aliado con los partos, quienes invadieron Palestina como una tromba en el año 41 a.C. Antígono recibió su cargo de manos de los partos, con el título de "rey".

Hircano II vivió hasta el año 30, pero perdió su cargo en el 40. A partir de esta fecha el sumo sacerdote fue nombrado por el gobernante efectivo del país. El cargo conservó su importancia, principalmente en virtud de la inmensa fortuna que el Templo confería al grupo de familias que lo controlaban. No olvidemos que desde el Templo de Jerusalem se exportaba carne a muchos lugares, y que en él estaba una de las mayores fábricas de perfumes y ungüentos de Oriente.

La sucesión política se transmitió a la familia de Antípater. El propio César de Roma le nombró procurador de Judea en el 47 a.C., y a un hijo de Antípater, a Herodes el Grande, fundador de la dinastía de su nombre, también le nombró gobernador de Galilea. A éste se le agregó también el territorio de Samaria.

La mujer de Antípater era una princesa nabatea, lo que significa que parte de la enorme fortuna de Herodes debió de ser herencia de su madre.

Los nabateos se habían enriquecido mucho al ser los dominadores de las rutas de caravanas al este del Jordán y al sur de Judea.

En el año 43 a.C., Antípater murió envenenado. Su hijo Herodes se ganó la amistad de Casio, Antonio y Augusto; de manera que la guerra civil de Roma le fue dando cada vez más poder, hasta convertirse en el más poderoso de los reyes dependientes de Roma, al este del Imperio.

En el año 40 se le otorgó el título de “rey”. Herodes, mitad idumeo y mitad árabe, nunca fue plenamente aceptado por los judíos, aunque se casó con una princesa judía, de la dinastía Hasmonea, llamada Mariana.

Los grandes rabinos de Israel, representados por las figuras de Hillel y Samai, no fueron molestados por Herodes, pues él siempre trató de ganarse el afecto del pueblo, procurando obtener el favor y simpatía de los más reconocidos por las masas, es decir, de los fariseos. Incluso dejó en paz a los Esenios, tratando de favorecer incluso a las comunidades judías en el extranjero.

En su esfuerzo por ganarse el afecto popular judío, procedió a restaurar y embellecer el Templo de Jerusalén, dándole un esplendor sin par. En realidad, llevó a cabo una amplísima reconstrucción sobre una nueva estructura, dos veces mayor que el anterior, aunque el plan original no sufrió ninguna transformación.

Construido en una preciosa piedra blanca, adornado con oro y la techumbre de una magnífica madera de cedro, se accedía a través de siete puertas y cuatro puentes. Probablemente fue en su momento el edificio más suntuoso de toda la tierra.

En el año 25 a.C. se produjo una gran hambruna en todo el Oriente Medio, y Herodes alimentó a toda Judea y Siria a costa suya, de su propia fortuna personal, proveyendo semillas a ambos territorios para el año siguiente.

Herodes fue un gran cosmopolita, construyó ciudades y palacios en Siria y Grecia, y su nueva ciudad marítima de Cesárea fue después la sede del gobierno romano. También reconstruyó Samaria dándole el nombre de Sebaste en honor del emperador. Edificó una inmensa red de fortalezas para la protección del territorio, como la torre de David, en Jerusalén; Herodium, al sur de Belén; y Masada, al norte de Enguedi.

Los últimos años de su reinado fueron una sucesión de crímenes, envenenamientos e intrigas, fruto de la violencia de su diabólico carácter. A su esposa, Mariana, la mandó ejecutar en el año 29 a.C. Murió enloquecido en el año 4 a.C., habiendo descubierto después de la muerte de Mariana, que verdaderamente la amaba.

El título de “Grande”, conferido por la historia, no implica ninguna aprobación moral de su conducta.

## **Lección 15.**

El levantamiento de los Macabeos dejó descubiertas muchas tensiones que con anterioridad habían permanecido bajo la superficie. De todas las divisiones arraigadas, las más importantes surgieron respecto a cómo debía interpretarse la Torá.

La interpretación, modificación y desarrollo son elementos imprescindibles para todo sistema legal. Y la Torá había venido siendo un programa regulador de la vida nacional, social y cotidiana, pues sus preceptos tocan todas las esferas de la vida doméstica, comercial, judicial y hasta política.

El conflicto llegó a su culminación durante el reinado de Juan Hircano, y sus principales corrientes de pensamiento fueron los fariseos y los saduceos.

Los fariseos creían en la autoridad divina de la interpretación de la Torá.

La palabra “fariseo” significa “separatista”, y proviene de una raíz que significa originalmente “ponerse el plato aparte”; es decir, no comer con los demás, para no contaminarse.

La denominación “saduceos” proviene de la familia sacerdotal de Zadok, (“Sadoc”), mencionada en el Segundo Libro de Samuel 20:23-26., quienes representaban el conservadurismo más estricto dentro de los partidos religioso-políticos del momento. De ahí que la inmensa mayoría de los sacerdotes pertenecieran a la secta de los saduceos.

Ambos partidos eran descendientes de aquellos que en tiempos de Antíoco Epifanes IV se habían levantado con los Macabeos contra el invasor sirio. Por lo tanto, ambos grupos eran en sus orígenes leales a la Torá.

Los saduceos fieles a las Sagradas Escrituras eran mayoritarios, aunque algunos llegaron a ser helenófilos, y adoptaron el modo de vivir griego paganizado, patrocinando el teatro helenista, el deporte, que ejercitaban desnudos, al estilo de los gentiles, adoptando también la propia lengua griega.

Si nos preguntamos cómo era posible que tal cosa se diera en medio de Israel, la respuesta la tenemos en la existencia de muchas ciudades griegas en el país, pues la práctica de los gobernantes había sido asentar a excombatientes y otros grupos a quienes se deseaba favorecer, en ciudades autónomas diseminadas por sus dominios. De este tipo había bastantes núcleos urbanos por Judea y sus cercanía, habitadas a veces exclusiva o casi exclusivamente por gentiles.

Las más famosas eran las ciudades unidas o federadas de carácter mercantil, y que conocemos por el nombre de “Decápolis” (“Diez Ciudades”), situadas al este del Jordán, y que eran completamente independientes del gobernador de Judea.

El centro de interés de los saduceos era el Templo de Jerusalén: Los sacrificios y el culto, los tribunales de justicia y las escuelas. Su poder estaba dentro de los muros, donde herodianos y romanos no podían interferir.

Los fariseos gozaban de la admiración del pueblo en general. La mayoría de los maestros y oficiales de las sinagogas se inclinaban o militaban en el partido fariseo. Su principal interés eran los tribunales locales y la enseñanza de la Torá. Sus academias gozaban de gran prestigio. Y la historia demuestra su valor, pues cuando dejó de existir el Templo de Jerusalem y cesó el sacerdocio, ellos fueron quienes asumieron la responsabilidad de la vida nacional, ganándose poco a poco el respeto y el reconocimiento de toda la nación hebrea.

Aquí conviene tener presente el fenómeno que hizo y sigue haciendo posible la convivencia dentro del judaísmo de diversas escuelas de pensamiento, con bastante menos intolerancia que en el seno del cristianismo organizado.

Esto se debe a que el pensamiento griego, que da base a nuestra cultura occidental greco-latina, ha desarrollado la idea que pudiera plasmarse en "o esto o aquello", y que se convirtió en un instrumento formidable para que, en manos de la iglesia imperial, sirviera para la eliminación de las herejías, aunque no fueran tales. Sin embargo, el judaísmo fariseo se basaba, y se basa, en "tanto esto como aquello". Su falta de rigidez es una de las claves para comprender cómo pudo conservarse cuando le faltó al pueblo y a la religión toda autoridad central, junto con la ausencia de territorio y todos los demás signos de identidad nacional.

Esta falta de rigidez es también una hermosísima lección para la cristiandad. Pero el peligro del fariseísmo, en cuanto al carácter de la omnipresencia de la Torá, abarcando ésta toda la vida nacional e individual, es, evidentemente, la tendencia a la sobreelaboración y la identificación de asuntos de menor cuantía con cosas de gran importancia.

Curiosamente, las fuentes de la época que nos ocupa hablan de las siete clases de fariseos:

el interesado.

el que quiere presumir.

el herido en la frente (camina con los ojos bajos para no ver a una mujer, y tropieza contra la pared).

el mortero (camina encorvado, por piedad exterior, como si estuviera siempre manejando un mortero).

el que corre detrás de su deber.

el que todos los días hace una buena acción.

el que obra por respeto y por amor a Dios.

A veces olvidamos que Jesús estuvo muy cerca de los fariseos, al menos en su doctrina, afirmando que ésta era correcta, y que ellos eran quienes estaban con todo derecho ocupando la cátedra de Moisés, y no los saduceos, quienes no aceptaban más Escrituras que el Pentateuco, despreciaban los escritos de los profetas y demás textos canónicos del Antiguo Testamento, no creían en la existencia de los ángeles, y negaban la vida eterna. Sin embargo, Jesús denunciaba la falta de consistencia en algunos de los fariseos entre su enseñanza y su vivencia:

“Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen.”

También sabemos por el texto del Evangelio según Lucas que Jesús tenía amigos entre los fariseos:

“Aquel mismo día llegaron unos fariseos, diciéndole: Sal, y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar.” (Lucas 13:31).

En estos años anteriores al nacimiento de Jesús, los fariseos y saduceos, supieron convivir bajo el dominio Hasmoneo, Herodiano y Romano. Pero también hubo quienes esperaban la inminente intervención celestial para librarse de la corrupción, y en su esperanza optaron por salir de la sociedad y construir una comunidad independiente y paralela a la nacional. Esa fue la opción de los Esenios de Qumram.

En esta época abunda la literatura apocalíptica y pseudo-epigráfica. Por el intento de salir de la maldad y de la corrupción, hallamos a los Esenios de Qumrán, de donde proceden los llamados “Rollo del Mar Muerto”. Algunos eruditos no están plenamente seguros de que estos qumranitas fueran técnicamente “Esenios”, pues éstos eran ascéticos y monacales, practicantes del celibato, mientras que los miembros de la secta de Qumrán vivían en familia, practicando el matrimonio y la procreación; es decir, constituidos en forma de sociedad paralela de naturaleza ascético-pietista.

Debemos recordar también el grupo terrorista de los Zelotes o Sicarios, del latín “sica”, es decir, “daga”, dispuestos a la expulsión del invasor romano, al estilo de sus predecesores los macabeos. La palabra “zelote” se deriva del griego, y significa “lleno de celo por la Ley”, “ardiente defensor de la Torá”. Su origen tiene dos posibles fuentes: Los bandidos que rondaban por la zona montañosa de la Galilea, a quienes Herodes les hizo una guerra sin cuartel. De ahí que se les llamase “bandidos”, “salteadores” o “malhechores”. Por otra parte, hay que tener presente que la Galilea fue cuna de constante insurrección nacionalista.

El año 47 a.C., los rebeldes se organizaron bajo el mando de Ezequías de Gamala contra el poder de Herodes en Galilea. Herodes capturó a Ezequías, lo mató y dispersó a sus partidarios. El Sanedrín se indignó por aquella violencia. Herodes, en el año 31 a.C., hizo matar a 45 miembros del Sanedrín favorables a la antigua familia sacerdotal de los Hasmoneos, pues éstos aprobaban las motivaciones religiosas de los rebeldes.

Cuando murió Herodes el Grande (4 a.C.) y volvió a hacerse un censo en Judea para restablecer los impuestos, Judas el Galileo, hijo de Ezequías de Gamala, se rebeló, como se recuerda en el libro de los Hechos de los Apóstoles 5:37:

“Después de éste (Teudas), se levantó Judas el galileo, en los días del censo, y llevó en pos de sí a mucho pueblo. Perekó también él, y todos los que le obedecían fueron dispersados.”

Judas el Galileo se apoderó del arsenal de Séforis; armó a sus huestes y sembró el desconcierto por toda Galilea. Algunos lo tomaron por el Mesías que había de venir. Los romanos ayudaron a Antipas a restablecer la calma: Antipas también restauró Séforis. Ahora bien, la agitación no llegó a calmarse por completo. El movimiento independentista iba exacerbándose.

El nombre de “zelote” aparece en el año 66 a.C., pero el movimiento se remonta a bastantes años atrás. El apóstol Simón el zelote, “el cananeo”, del arameo “zelope”, forma parte del grupo de Jesús:

“Simón el cananista, y Judas Iscariote, el que también le entregó.” (Mateo 10:4).

Jesús no acepta la ideología extremista de los zelotes, como se desprende del texto de Mateo 10:16:

“He aquí, yo os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.”

En el mes de Noviembre del año 66 d.C., un jefe zelote, Juan, se apodera de Jerusalén. La rebelión se convierte en guerra abierta. Los zelotes incendian los archivos, sobre todo las listas de deudas. El apodo del apóstol Judas “Iscariote” podría ser un derivado de “sicario”, “sicariote”, lo que hace pensar a muchos que bien podría haber formado parte del grupo de los sicarios.

Al comprobar que Jesús no optaba por la violencia, habría traicionado a Jesús, particularmente al ver que éste no aspiraba a ser el Mesías anhelado por los zelotes.

La resistencia armada al opresor romano fue reduciéndose hasta quedar confinada al Templo, el cual sufrió el mismo destino que el anterior. Después de su destrucción en el año 70 d.C., cuando el general Tito, que llegaría ser emperador, entró en Jerusalem, matando a hombres, mujeres y niños, en el recinto del Templo se construyó un templo pagano. Después se edificaría una iglesia durante el período bizantino, y con la invasión árabe, en el siglo VII d.C., se construyeron en su lugar varios centros para el culto musulmán. En la actualidad, ocupan parte del Monte del Templo la mezquita de “el-Aksa” y el “Domo de la Roca”, conocida también como “Mezquita de Omar”.

Alrededor de diecinueve siglos transcurrieron antes de que se produjera la reunificación de Jerusalem en el año 1967. Durante ese prolongado período de tiempo, los judíos no tuvieron acceso a la explanada que se abre ante el Muro Occidental, último resto de la estructura de la muralla en su parte más próxima a donde se levantaba el Templo, denominado “Muro de los Lamentos” por quienes se burlaban de los judíos.

Después de tantos siglos de abandono, de invasiones y maltrato de la tierra de Israel, el día 5 de Iyar del año 5708, correspondiente al 14 de Mayo de 1948, terminaba el mandato británico de Palestina, denominación tomada del Imperio Romano, para quienes la tierra de Israel fue la “Siria Palestina”, y era proclamada la constitución del Estado de Israel.

Desde el terrible fracaso de la segunda guerra de liberación judía contra Roma, la revolución de Bar Cojba, entre los años 132 y 135 d.C., el imperio se encargó de ridiculizar a la tierra de Israel haciéndola conocer a todos como “Palestina”, es decir, la “tierra de los Filisteos”, quienes, paradójicamente habían desaparecido muchísimos años antes. Así fue como la designación “Palestina” ha continuado siendo la denominación popular entre los gentiles desde el período Bizantino hasta nuestros días.

La restauración de Israel nos hace pensar en las palabras de nuestro Señor y Salvador Jesucristo:

“Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalem será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.” (Lucas 21:24).

El reloj de Dios está sincronizado con su pueblo hebreo. Torpe será iglesia si ignora esto. Pero tampoco se trata de que estemos obsesionados al respecto. Recordemos la pregunta y las instrucciones de nuestro Señor Jesucristo, resucitado y a punto de ascender a la gloria que tuvo con el Padre antes de su encarnación:

“Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos.” (Hechos 1:6-9).

¿Qué nos ha dicho Jesús respecto a la época inmediatamente después de que pasen los tiempos de los gentiles sobre Jerusalem, días que pueden estar más cercanos de lo que podemos imaginar?

“Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.” (Lucas 21:25-28).

Antes de concluir nuestro repaso de la historia del pueblo de Israel en la época bíblica, a vista de pájaro, vamos a considerar cuándo aconteció el nacimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo:

Comenzaremos considerando que los historiadores romanos fecharon los grandes acontecimientos a partir de la fundación de Roma.

Dionisio el Exiguo (año 533 d.C.) calculó que el año 754 de la fundación de Roma fue el año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Comoquiera que Herodes murió en el año 750 de la fundación de Roma, es decir, en el año 4 a.C., y el Nuevo Testamento nos dice que Jesús nació hacia el final del reinado de Herodes, es decir, hacia el 6 ó 7 a.C., todo parece indicar que esa puede ser la fecha más plausible para el acontecimiento de la venida del Verbo en carne.

Este sería un buen momento para continuar con la lectura de los libros “Jerusalem Redimida” y “Reunión de Dos Campamentos”. Ambos se hallan disponibles en esta misma página web.

Amigo lector, ¡que el Señor te bendiga y te guarde!

“¡Sí, ven, Señor Jesús!” (Apocalipsis 22:20).

J.Y.